

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

ROBERTO EL NORMANDO.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle Mayor.*

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1857.

Catálogo *de las obras dramáticas de la propiedad del* Círculo Literario Comercial.

DRAMAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandidos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actnal.
Un Hidalgo aragones.
Un Veradero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llora
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

ROBERTO EL NORMANDO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR DON LUIS OLONA.

Representado en el teatro de la Cruz el 24 de diciembre de 1847.

SEGUNDA EDICION.



N.º 89.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.
1857.

PERSONAJES.	ACTORES.
ROBERTO.	D. JUAN LOMBIA.
MAGDALENA.	DOÑA JOAQUINA BAUS.
EL CONDE DE BREVAL.	D. JOSÉ TAMAYO.
ENRIQUETA.	DOÑA CARLOTA JIMENEZ.
PEDRO	D. VICENTE CALTAÑAZOR.
LUBERSAC	D. PEDRO SANCHEZ.
LUCIANO	D. JOSÉ GARCIA.
DIOGENES.	D. MANUEL JIMENEZ.
VIRGINIA	DOÑA MATILDE TABELA.
MARTA	DOÑA MARIA BARDAN.
GERONIMO	D. N. DIEZ.
UN CRIADO.	D. N. N.
UN ALDEANO	D. N. N.

ALDEANOS.—MILICIANOS-GUARDACOSTAS.

La accion en Francia.

ACTO PRIMERO.

Un patio de una alqueria en la Normandía baja. A la derecha la entrada de la casa: á la izquierda una granja: instrumentos de arar; al fondo un camino, y mas allá la verja y los muros de un parque.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, *sale de la casa, se dirige vivamente al fondo y mira con agitacion á uno y otro lado.*

MAGD. Nadie, nadie! Todavía! *(Bajando á la escena tristemente.)* Dios mio! Es posible que Roberto me deje así, presa de la mas grande inquietud? Y el señor Conde que le ha mandado llamar dos veces hoy, y que le aguarda en el parque!... Oh! Y si cansado de esperar viniese él mismo aquí?... Qué habia de decirle? Cómo confesarle que mi esposo faltaba desde ayer de casa? *(Suspirando.)* Mi esposo! Un hombre tan honrado, tan laborioso siempre... cambiar de pronto de conducta... pasando las horas... los dias enteros entre los amigos y las botellas!...

ESCENA II.

Dicha.—PEDRO BLANCO.

PEDRO. Buenos dias, señora Magdalena.

MAGD. *(Volviéndose.)* Eh? *(Como distraida.)* Ah! Eres tú, Pedro?

PEDRO. Sí, Pedro Blanco... ó sea Pedro el Rubio, como dicen en el pais, en vista del color de mis cabellos... aunque no faltan habladores que suelen llamarme Pedro Almazarron... Pero esto es de envidia de mis bucles dorados. No digo bien? *(Se quita el sombrero y sacude sus cabellos, que son muy largos, muy rubios y muy feos.)* Yo me someto á vuestra opinion. *(Magdalena continúa pensativa.)* Eh?

MAGD. Qué decias?

PEDRO. Toma! Decia... *(Viendo volver á un lado y otro sus miradas.)* Pero... buscais alguna cosa?

MAGD. Me pareció oir la voz de Roberto... Le has visto por ventura?

PEDRO. A Roberto? Cómo! No está aquí? Hoy! Un jueves! El dia de afeitarse! Lo siento, porque estoy muy deprisa. Tengo una reunion de barbas que me aguardan en el Cisne... La taberna de la viudita Genoveva... *(Cuenta con sus dedos.)* Nada menos que diez y siete barbas... y quién sabe si no llegarán á mas?

MAGD. Cómo!

PEDRO. Lo que ois. Vos ignorais... ha llegado un sargento... bigote negro... buen mozo... y que recluta en el pueblo á cuantos deseen cubrirse de gloria y de luises de oro... en América con el señor marqués de Lafayette... Y el tal sargento ha sabido darse una traza, que... en fin, cuando salia yo esta mañana del Cisne, ya habia... lo menos diez y siete reclutas á quienes afeitar y cortar el pelo... Y el bueno del sargento queria engancharme á mi tambien... *(Riendo.)* y á Roberto.

MAGD. Roberto? Estaba allí?

PEDRO. Qué! No os lo ha contado? Allí estaba: el sargento habia citado á todos los buenos mozos del pueblo, y... *(Irguiéndose.)* allá fuimos en seguida... Y me ha dicho que yo podria lograr en América un fortunon deshecho con mi vacia y mis navajas de afeitar... Hasta cierto punto casi lo voy creyendo. Los negros tienen un vehemente deseo de pasar por blancos, y .. ya se vé como yo los enjabonaria á centenares...

MAGD. *(Con impaciencia.)* Bueno, bueno. Pero Roberto... qué hacía allí?

PEDRO. Roberto? Reir en grande! Y como de reir en grande se agitaba mucho... trincaba tambien en grande!... A la salud del sargento, á la salud de la viudita Genoveva!

MAGD. Cómo!

PEDRO. A la salud de la hermosa Magdalena!

MAGD. Ah!

PEDRO. Sí. El no os olvidaba... no olvidaba la salud de nadie... y sobre todo la del señor Lubersac, que era quien habia pagado el convite.

MAGD. *(Sorprendida.)* El señor Lubersac?

PEDRO. Justo. El pariente del señor Conde, su hombre de confianza, el que administra todos sus bienes.

MAGD. Pero... estás tú seguro de que es el señor Lubersac quien...

PEDRO. Como que yo he visto los tres hermosos escudos de oro que tiró... así... sobre el mostrador, á la viudita, diciéndole: «Tomad, bella Genoveva; dad de beber á estos muchachos lo mejor de vuestra bodega, para que brinden á mi salud y á la vuestra.»

MAGD. *(Que reflexiona.)* Es singular.

PEDRO. Eh?

MAGD. Nada. Qué hora seria entonces?

PEDRO. Las siete y media poco mas ó menos.

MAGD. *(Aparte.)* Y á las ocho el señor Lubersac venia aquí á buscar á Roberto! Fingia ignorar dónde se hallaba mi marido, y con el pretesto de esperarle permaneció á mi lado casi toda la noche!

PEDRO. Pero qué decis entre dientes?

MAGD. Nada.

PEDRO. Ah, bueno! Pues como os iba contando, Roberto brindaba y mas brindaba, y mas... y mas, y...

MAGD. Qué?

PEDRO. *(Haciendo con su mano derecha señal de beber.)* Y mas... Pues. Hasta que se quedó... como si dijéramos algo traspuesto.

MAGD. Traspuesto?

PEDRO. Sí: Calamucano! Yo le dejé en brazos de los reclutas y del sargento.

MAGD. (*Con despecho.*) Toda la noche en la taberna! Oh! es preciso que ese desórden tenga un término, y voy... (*Deteniéndose.*) No, no... El señor Conde puede venir, y alejarme en este momento... dejar la granja sola. (*A Pedro.*) Pedro, quieres hacerme un favor?

PEDRO. Cómo que si quiero? Si yo soy vuestro esclavo desde los piés á la cabeza... Yo, mis facultades, mi talento, mis navajas de afeitar...

MAGD. (*Vivamente.*) Pues bien: vé á la taberna del Cisne, y dile á Roberto que le suplico que venga al instante.

PEDRO. Volando.

MAGD. Y si por casualidad no se dispusiera á ello... si se negara, en fin, prométeme hacer todo lo posible para decidirlo... para traerle á mi lado.

PEDRO. Traerle ? Diantre! Es que Roberto tiene unos puños.. y como á él se le haya metido en la cabeza no venir todavía... ni una legion de demonios...

MAGD. Entonces dile que el señor Conde le espera, que tiene que hablarle... vé, amigo mio.

PEDRO. Con mucho gusto. (*Vuelve.*) Pero os prevengo que si le veo fruncir el gesto... no le porfio. Eso de que me aporree...

MAGD. No tardes.

PEDRO. Si; pero bueno es advertir las cosas. (*Váse.*)

ESCENA III.

MAGDALENA *sola.*

Ah! Esto es indigno! Ahora conozco por qué el señor Lubersac fingia tanta amistad á Roberto! Si. Ya comprendo por qué lo alejaba continuamente de casa y lo enviaba á la taberna donde se suelen reunir los otros arrendadores, con el pretesto de que fuese á debatir con ellos las condiciones del nuevo contrato de esta granja para el año siguiente. El señor Lubersac sabia muy bien que Roberto acabaria por dejarse engreir, por imitar á los otros. Y entretanto .... cómo se

agolpan á mi memoria las conversaciones que tuvo anoche conmigo... Oh! sí, no hay duda. Ha creido que alejando de aquí á mi esposo, que entibiando su cariño, entraria la discordia en nuestra casa, y conseguiria mas fácilmente que yo olvidase mis deberes... Me horrorizo de tan infame proyecto. Pero qué he de hacer, Dios mio? Nosotros dependemos de ese hombre, y... sin embargo, ahora que conozco sus intenciones, no puedo admitirlo mas aquí. Y si al recibirlo mal se queja á Roberto? Si este me pregunta la causa, qué he de contestarle? Oh! si al menos pudiera tenerle siempre á mi lado, todo se evitaria. Sí, sí. Yo le rogaré, yo le suplicaré tanto, que él volverá como antes á su trabajo, á... Cielos!... Y si ya no me amase? No, no. Es imposible. A mí, á su esposa, á la madre de su hijo... *(Aplicando el oido y con gozo.)* Alguien se acerca! Ah! será Roberto sin duda... *(Corre hácia el fondo, y retrocede viendo á Lubersac.)* El señor Lubersac!

ESCENA IV.

Dicha.—LUBERSAC.

LUBERS. *(Alegremente.)* Voto al diablo! Os causo miedo, hermosa Magdalena?

MAGD. No; mas...

LUBERS. Me he presentado algo bruscamente, bien lo veo; pero vos me disimulareis en gracia del motivo que me trae á vuestra casa.

MAGD. Cómo?

LUBERS. Siento decíroslo, y no quisiera... En fin, mi deber es advertiros que mi primo el conde de Breval empieza á disgustarse con la tardanza de vuestro esposo.

MAGD. Pero si vendrá muy pronto; le estoy aguardando, y...

LUBERS. *(Con intencion.)* De veras?

MAGD. *(Cortada.)* Señor Lubersac...

LUBERS. Perdonadme. Vos sois tan buena, tan indulgen-

te para con él, que podria suceder que me ocultáseis la verdad, y... si como me han dicho, vuestro esposo estuviese aun donde...

MAGD. *(Mirándole.)* Donde vos le enviásteis ayer...

LUBERS. *(Algo inquieto.)* Eh! qué quereis decir? Sabeis, por último, que es una fortuna que yo le profese tanto interés? Roberto se ha llegado á pervertir de algun tiempo á esta parte, y... ya comprendereis que nada bueno puede resultarle de ello, sobre todo en los momentos de renovar la escritura del arrendamiento de esta granja. Si yo no estuviese de por medio... yo, vuestro amigo. *(Quiere tomarle una mano á Magdalena.)*

MAGD. *(Alejándose un poco de él.)* En tal caso, si vuestro interés hácia nosotros es sincero...

LUBERS. Cómo! Lo dudais? Me hariais la injusticia, hermosa Magdalena, de sospechar?... Precisamente mi mas constante cuidado es ocultar las faltas de Roberto á los ojos de mi primo...

MAGD. Aun podriais darme una prueba mayor, caballero, y esta seria... Oh! si lo hiciéseis, olvidaré... lo olvidaré todo, y os lo agradeceré eternamente!

LUBERS. Sí? Pues... hablad, hablad pronto, Magdalena: qué prueba?... Ya estoy deseando dárosla. Quereis añadir en la escritura algunas mas fanegas de tierra?

MAGD. No señor.

LUBERS. Entonces qué es lo que deseais?

MAGD. *(Con efusion.)* Ah, señor Lubersac, dejad á mi Roberto que vuelva á sus costumbres laboriosas, cesad de distraerle de su trabajo, no le arrojeis, en fin, en brazos de la ociosidad y del vicio!

LUBERS. Pero... no os comprendo! Es á mí á quien hablais? Cómo! Suponer que yo desvio al buen Roberto... Quién ha podido calumniarme de ese modo?

MAGD. No sois vos, por ventura, quien ayer mismo le detuvisteis cuando iba á sus labores del campo?

LUBERS. Sí; para darle algunos consejos relativos á la nueva escritura...

MAGD. No, caballero; para enviarlo con algunos otros á divertirse á la taberna, donde, merced á vuestra generosidad, han permanecido toda la noche.

LUBERS. Toda la noche? Y Roberto?... *(Aparte.)* Si yo lo hubiera sabido... *(Alto y con tono grave.)* Ya eso es asunto sério. No estraño ahora el que esteis de mal humor. Con que Roberto no ha vuelto aun á su casa? Ah! ya adivino lo que significa su tardanza. Y... si no temiera aumentar vuestra justa afliccion...

MAGD. Qué quereis decir? Dios mio! Me ocultais quizá alguna otra mala noticia? Oh! hablad... yo tendré valor para oirla, y si me he engañado efectivamente... Responded pronto: qué es lo que sabeis de él?

LUBERS. *(Con aire de misterio.)* Vos decis que soy yo quien distrae de sus deberes á vuestro esposo, quien le aleja de su casa, del lado de su familia... Pues bien. Puesto que se me acusa, debo manifestaros que la causa de vuestro pesar es... es otra persona.

MAGD. Quién?

LUBERS. Preguntadlo á la linda tabernera...

MAGD. *(Con emocion.)* Genoveva!

LUBERS. Quedad con Dios. *(Hace que se vá.)*

MAGD. *(Deteniéndole.)* No, no, caballero; deteneos, no me dejeis así: proseguid, yo os lo ruego, yo quiero saberlo todo. *(Vacilando.)* Ah! seria una infamia.

LUBERS. *(Sosteniéndola.)* Vamos, Magdalena, vamos. Qué es eso, ángel mio? Tranquilizaos. Ciertamente seria una infamia... una cosa horrible el que... Sí, sí. Roberto merecia la mas cruel venganza...

MAGD. Dios mio, Dios mio! *(Cayendo en una silla.)*

LUBERS. Vamos, sed razonable. Bribon! Hacer derramar lágrimas á unos tan bellos ojos!... Despreciar tantos atractivos, tantos hechizos!

MAGD. *(Levantándose vivamente.)* Oh! no, no; eso no es cierto, vos habeis mentido: este es un lazo, una astucia infernal...

LUBERS. Magdalena!...

MAGD. Probad entonces lo que acabais de decirme; probadlo ahora, al instante! Pero no, vos calumniais á Roberto vilmente. Idos; dejadme, dejadme. Prefiero todas las desgracias posibles á escuchar de vuestros lábios... Salid.

LUBERS. Enhorabuena. Será hoy la segunda vez que habeis desconocido la sinceridad de mi alma.

MAGD. *(Que miraba al fondo.)* Salid, os digo, ó el mismo Roberto os arrojará de esta casa: vedlo allí. *(Señalando el campo.)*

LUBERS. *(Aparte.)* Diablo!

ESCENA V.

Dichos.—PEDRO.—*Despues* ROBERTO.

PEDRO. Uf! *(Sofocado.)* Ya sabia yo que me dábais una comision peligrosa... Mejor hubiera querido afeitar á un puerco espin que...

MAGD. No queria seguiros?

PEDRO. Por el pronto, y viendo que me obstinaba en ello, se levantó como un tigre y zas! me sacudió un cachete en este lado *(Megilla derecha.)* y no dí con mi cuerpo en tierra porque me aplicó un segundo por este otro y me puso derecho.

LUBERS. Eso es tener suerte! *(Riendo.)*

PEDRO. Calle! Os reis? Yo quisiera haberos visto en mi lugar.

MAGD. Luego Roberto rehusa...

PEDRO. No. Viene en pos de mi. La señora Genoveva le dió tan buenas razones para inclinarle á que volviera á vuestro lado, que al fin...

LUBERS. *(Bajo á Magdalena.)* (Lo habeis oido?) En cuanto se lo dijo la viudita...

MAGD. *(Con ira y celos.)* Dejadme!

LUBERS. *(Aparte.)* Está furiosa. Bravo!

PEDRO. *(Mostrando sus manos que tiemblan.)* Mirad, mirad el efecto del susto. Id ahora á afeitar á veinte y tres reclutas! Porque ya son veinte y tres.

ROBERT. *(Dentro.)* Magdalena!

PEDRO. (*Sobresaltado.*) Diantre! Ya está ahí. (*A Magdalena.*) Por Dios no le riñais! Cuando está algo... Me esplico? No es el Roberto diario.

ROBERT. (*Sale algo vacilante y con la fisonomía animada gritando.*) Magdalena! Magdalena! (*Viéndola.*) Ah! Estás aquí? Bien. Veamos qué ocurre. Qué me quieres? Acaba.

MAGD. (*Aparte.*) Y en qué estado!

LUBERS. Soy yo, amigo mio; yo, que deseo...

ROBERT. Hola, señor Lubersac! Servidor. (*A Magdalena.*) Eh! Por qué me miras tan fijamente? Por qué pones ese gesto?

MAGD. Quieres saberlo?

ROBERT. Ya; ya! Porque vuelvo á casa un poco tarde! Eh?

MAGD. Tú lo has dicho.

ROBERT. Hija mia, los negocios antes que todo.

MAGD. Y... desde cuándo los negocios de un labrador honrado se tratan en la taberna?

ROBERT. Desde... desde que yo hago en ella los mios. Pues! Hay alguien por ventura que suponga que por irme á divertir con mis amigos dejo de ser un hombre de bien? Quién ha dicho eso? Eres tú, pelos de cofre? (*A Pedro, que está arreglando su bolsa de polvos, dándole en ella y llenándole de polvos blancos.*)

PEDRO. Buff! Qué huracan!

ROBERT. Responde.

PEDRO. No señor. Yo no he abierto mi boca.

LUBERS. (*Calmándolo.*) Nadie piensa eso de tí, Roberto. Sosiégate.

ROBERT. (*A Magdalena.*) Entonces... Acabemos. No soy yo dueño de ir á donde me da la gana?

MAGD. No.

ROBERT. Eh?

MAGD. No eres dueño de abandonar la granja, confiada á tus cuidados, para ir á pasar su tiempo...

ROBERT. Eech! Poco á poco. Dejémonos de riñas... que á mí no me gustan los sermones.

MAGD. Tendrás que oirme sin embargo.

ROBERT. Chiton.

MAGD. Esponerse así al enojo del señor Conde, dejarme sola...

ROBERT. No te creia yo tan miedosa!

MAGD. Si algo temo es tan solo por tí.

ROBERT. Basta, basta. Ya te he dicho que calles.

MAGD. Oh! Si fuese Genoveva quien te hablase, de seguro la escucharias mas tranquilo.

ROBERT. Genoveva?

MAGD. Sí. Ella y otros tambien que te dan buenos consejos... Todos esos amigos, esos holgazanes en fin, que tanto aprecias y que acabarán por perderte.

ROBERT. Magdalena!

MAGD. Por perderte, sí.

ROBERT. Y yo te digo que no... y que te calles.

MAGD. Cuando haya acabado.

ROBERT. Pues bien: acaba con mil demonios ó...

MAGD. Todavía no.

ROBERT. *(Levanta el brazo.)* Voto á!

MAGD. *(Asustada.)* Ah!

LUBERS. *(Interponiéndose.)* Qué haces, Roberto?

ROBERT. Ya sabia yo que la haría guardar silencio. Mil rayos! Creen que me dejaré dominar como un... como un imbécil como este! *(Señalando á Pedro.)*

PEDRO. Poco á poco, brutal.

ROBERT. *(Amenazando á Pedro.)* Qué dices?

PEDRO. Chist. El señor Conde...
(Roberto se detiene.)

MAGD. Cielos!

PEDRO. Viene hácia aquí!

ROBERT. Nadie se lo impide.

MAGD. Señor Lubersac, yo os lo suplico: que el señor Conde no vea á Roberto de ese modo. Llevadlo... Dentro de algunos momentos estará mas tranquilo, y podrá....

LUBERS. Sea. *(Se dirige á Roberto y le ase amigablemente del brazo.)* Ven, amigo Roberto, entra en tu casa. Es preciso que descanses un rato.

ROBERT. Que yo descanse? Ah! Sí: teneis razon, no me vendrá mal que digamos. Tengo la cabeza hecha un horno, y...

PEDRO. Si quereis que os afeite por si así se os descarga un poco...

MAGD. Sí, si: vé con él, Pedro.

PEDRO. *(Aparte.)* Estaba por desollarlo! Ay! ay! *(Al salir Roberto, que le dá el brazo, vacila al pasar la puerta. Pedro estrechado entre la puerta, da un grito de dolor. Lubersac empuja á los dos adentro y cierra la puerta.)*

ESCENA VI.

LUBERSAC.—MAGDALENA.—*Despues el* CONDE.

LUBERS. Y bien, Magdalena, dudareis aun de mi amistad? Cuando por deferencia hácia vos consiento en proteger á un hombre que se ha atrevido á amenazaros en mi presencia!

MAGD. *(Con dolor.)* Ah! señor! Sabe él acaso en este momento lo que se hace?

LUBERS. *(Vé al Conde y se detiene.)* Tranquilizaos: yo sabré sustraeros á sus violencias: tengo el medio de conseguirlo, y si quereis escucharme...

CONDE. Lubersac?

MAGD. Señor Conde...

CONDE. *(A Lubersac.)* Habeis encontrado ya á Roberto?

LUBERS. Aquí teneis á su esposa.

CONDE. Qué hace vuestro marido? Por qué no se me ha presentado aun?

MAGD. Es que!.... Perdonad, monseñor. El dia de ayer fué tan malo... el calor y... el esceso del trabajo... Roberto ademas se halla enfermo.

CONDE. *(Con desconfianza.)* Ah! y por eso...

MAGD. Sí, monseñor. A pesar de todo, él queria ir á presentarse á vos; pero... yo le detuve, y se ha retirado á su lecho. No es cierto, señor Lubersac?

LUBERS. Creo, en efecto, que no se halla en estado...

CONDE. Decidle que quiero hablarle.

MAGD. *(Turbada.)* Pero...

CONDE. Marchad. *(Magdalena duda.)* Cómo! Será ciso que yo mismo vaya... *(Váse.)*

MAGD. Oh! no, no. Yo os obedezco. Pronto le tendreis aquí.

ESCENA VII.

CONDE.—LUBERSAC.

CONDE. Creeis que esa muger nos ha dicho la verdad?

LUBERS. No sé!

CONDE. Yo en cambio estoy seguro de que nos engaña. Sed franco. Ya sabeis que no me gusta tener á mi servicio sino gentes laboriosas y honradas.

LUBERS. Eso mismo digo continuamente á todos, y en particular á Roberto.

CONDE. El cual me fué presentado como un hombre trabajador, inteligente y celoso de su deber, y... casi estaba persuadido de que se habia hecho completamente acreedor á mi confianza. Pero... hace algun tiempo noto que Roberto es menos asiduo, menos exacto, que descuida sus quehaceres... Ha satisfecho ya los arrendamientos vencidos?

LUBERS. Los... arrendamientos? No, todavía no...

CONDE. Y por qué?

LUBERS. Alega que aun no ha podido cobrar los de los subarrendatarios suyos, y...

CONDE. Cómo! De ninguno de ellos? Es muy estraño, y debemos averiguar lo que eso significa. La suma es considerable, y...

LUBERS. En efecto, yo he insistido con Roberto... aqui mismo le estuve aguardando gran parte de la noche.

CONDE. Pues dónde estaba?

LUBERS. Lo ignoro... aunque si hemos de dar crédito á su esposa...

CONDE. Ya os he dicho que no creo ninguna de sus disculpas. La turbacion de esa jóven la desmentia á pesar suyo, y... tened presente lo que voy á deciros. Cuando una desgracia imprevista caiga sobre nuestros servidores, nuestro deber es tenderles una mano protectora y prestarles un abrigo; pero... cuando el vicio ó la pereza causen aquellos males, entonces súfranlos en buen hora, é impóngaseles el castigo que su conduc-

ta merezca. Si se realizan mis sospechas, por muy útil que nos sea la inteligencia y el trabajo de Roberto, os anuncio que haré hoy con él un ejemplar.

LUBERS. *(Viendo abrirse la puerta.)* Ahí teneis á nuestro hombre.

MAGD. Es él, monseñor; mi marido. *(Aparte.)* Por fortuna la idea de presentarse al conde le ha vuelto un poco á su razon.

LUBERS. Pedro! *(Se vuelve hácia la puerta como para dar prisa á Roberto. A Pedro que ha salido de la habitacion y se aleja por el fondo. Pedro se acerca y le habla bajo.)*

PEDRO. (*Lo mismo.*) Descuidad.

ESCENA VIII.

EL CONDE.—LUBERSAC.—MAGDALENA.—ROBERTO.

CONDE. Por fin consigo verte! (*A Roberto que acaba de entrar y le saluda.*) En dónde estabas esta mañana cuando te hice llamar?

ROBERT. Señor Conde... yo estaba...

MAGD. (*Vivamente.*) Ya le he dicho yo al señor Conde...

CONDE. (*A Magdalena.*) Silencio. (*A Roberto.*) En dónde estabas ayer, antes de ayer, cuando mandé que te buscaran. *(Roberto va á hablar.)* Cuenta con lo que me respondes! Detesto la mentira, y... sé que te han visto en la taberna.

MAGD. Gran Dios!

ROBERT. Os lo han dicho?... Es muy posible que al pasar... entrase un instante.

CONDE. Has permanecido en ella todo el dia y toda la noche, y...

MAGD. Monseñor... le habian convidado varios amigos que partian para el ejército. No es cierto, señor Lubersac.

LUBERS. Sí, ayer llegó al pueblo un sargento...

CONDE. Basta. Por que no has pagado tus arriendos á Mr. Lubersac?

MAGD. (*Sorprendida.*) Los arriendos? Cómo!

ROBERT. (*Bajo á Magdalena.*) Calla!

MAGD. Pero...

ROBERT. *(Id.)* Que calles: yo te esplicaré...

MAGD. *(Aparte temblando.)* Cielos! ¿Qué significa... El me habia dicho sin embargo...

CONDE. *(A Roberto que cambia una señal con Lubersac.)* Y bien?

ROBERT. El señor Conde conoce que para pagar es preciso que me paguen á mí. Y el año ha sido tan malo para los arrendatarios...

CONDE. Por qué? Qué ha habido de estraordinario en él?

ROBERT. No, yo no digo... pero la recoleccion ha sido muy escasa y la venta muy difícil. El señor Lubersac puede deciros cuán apurados nos encontramos. Asi es que yo esperaba que al renovarse los arriendos, el señor Conde se dignase hacer alguna rebaja...

CONDE. A tí? Seria para ello preciso que me probases haber hecho todos los esfuerzos posibles en tu hacienda. Yo no dispenso semejante gracia sino á los que se hacen dignos de ella por su actividad y honradez, y por su cuidado en la conservacion de mis intereses.

ROBERT. Me parece, señor Conde...

CONDE. *(Alzando la voz.)* Pero á los que, como tú, abandonan su deber y dan á sus vecinos y á sus subordinados el ejemplo del desórden y de la pereza...

ROBERT. Yo, señor!.. Yo un perezoso!

CONDE. A esos no les concedo nada, ni nada les dispenso.

MAGD. Señor Conde...

CONDE. Basta. Reflexiona cuanto acabo de decirte, y procura que no me vea otra vez obligado á quejarme de tí, porque seria la última.

MAGD. Ah señor!... Estad seguro...

CONDE. *(A Roberto.)* En cuanto á tus cuentas, hoy mismo has de pagar su importe á Mr. Lubersac.

ROBERT. Pero...

CONDE. *(A Lubersac.)* Seguidme.

LUBERS. *(Bajo á Roberto.)* Tranquilizaos. Yo me encargo de apaciguarle y de arreglar... *(Vase con el Conde.)*

MAGD. Qué es lo que nos sucede?

ESCENA IX.

MAGDALENA.—ROBERTO.

ROBERT. (*Con cólera y amargura.*) Qué orgulloso y qué cruel!... Y es por esos hombres por quienes nos sacrificamos trabajando! En resumidas cuentas, (*Con ironía.*) qué es lo que yo soy á los ojos de ese señor Conde? Un miserable... un esclavo... menos aun... un perro. Oh! á no ser por mi mujer y mi hijo, juro á Dios que no les hubiese dejado hablar tan alto.

MAGD. (*Que despues de haber seguido al Conde con la vista vuelve lentamente examinando á Roberto.*) El señor Conde ha sido muy severo sin duda... pero en el fondo... tiene razon.

ROBERT. Razon él! Y acaba de rechazar mi súplica... y á pesar de cuanto le he dicho para justificarme exije imperiosamente...

MAGD. Los arriendos? Y qué! no está al pedirlos en su derecho? Y puesto que tú los has recibido de los demas... porque, en fin, Juan Berot, Gerónimo Miquel, todos han venido á pagártelos, por qué no has liquidado con el señor Lubersac?

ROBERT. Por qué?

MAGD. Sí. El otro dia ví que te llevabas ese dinero, y me dijiste que ibas á entregárselo á Mr. Lubersac.

ROBERT. Sí.

MAGD. (*Vivamente.*) Entonces, qué has hecho?...

ROBERT. Cómo! Ese tono... Serias capaz de sospechar que yo?...

MAGD. Oh! No, no. Dios mio! Bien sé que eres incapaz de cometer una accion semejante. Tú eres un hombre honrado antes que todo, y.... pero quién sabe? Algunas veces... para sacar á un amigo de un apuro...

ROBERT. Qué! disponer yo de un dinero que no me pertenecia? Lo habrias tú hecho, Magdalena?

MAGD. No, nunca.

ROBERT. Ni yo tampoco. Esa cantidad ha sido entregada al señor Lubersac.

MAGD. (*Sorprendida.*) Qué dices? Pues no has declarado hace poco?...

ROBERT. Lo que él me habia aconsejado... por nuestro interés.

MAGD. Por nuestro interés!

ROBERT. Sí. El señor Lubersac sabe lo escasos que nos hallamos de recursos... él es justo y compasivo... y noble por su nacimiento y corazon. No nos desprecia, nos trata como á sus mejores amigos...

MAGD. Sí, ciertamente; pero en fin...

ROBERT. Ah! Ya prosigo. (*Bajando la voz.*) Para obtener condiciones mas suaves al renovar mi arrendamiento me aconsejó que dijese que estábamos apurados... muy apurados, lo cual no deja hasta cierto punto de ser cierto! Y con el objeto de que el Conde no lo dudase, convenimos en que yo pediria tres semanas de plazo, el cual debia cumplirse despues de firmada la nueva escritura. Hé ahí por qué hemos hecho creer al señor Conde que yo no habia arreglado aun...

MAGD. Luego consentiste en seguir ese consejo?

ROBERT. Por qué no?

MAGD. Tú, tan franco... tan leal... Ah! No habrias hecho eso en otra ocasion.

ROBERT. Crees tú?... Si, es verdad. No he obrado bien. Qué diablo! A mí no me gusta mentir... y... te confieso que me turbé un poco... Sí, por la primera vez de mi vida sentí que me sonrojaba al verme en su presencia... Oh! te juro que hubiera deseado mejor estár cien piés debajo de la tierra... ó... poder decirle... Pero el señor Lubersac se hallaba presente, y esto hubiera sido corresponder mal al interés que nos manifiesta.

MAGD. Luego tú crees ese interés sincero?

ROBERT. Que si lo creo! Por qué no? Un hombre que nos proteje y que tanto me aprecia...

MAGD. Sí, mucho mas aun de lo que tú desearias.

ROBERT. Cómo es eso?

MAGD. Basta. Yo me entiendo... Pero ayer en tanto

que tú te divertias con tus amigos... sabes dónde estaba el señor Lubersac?

ROBERT. Dónde estaba? Espera. Sí, nos dejó para ir á la granja de Gerónimo.

MAGD. Es singular!

ROBERT. Por qué?

MAGD. Porque vino aquí á buscarte.

ROBERT. A buscarme? Calle! Acaso no me acababa de dejar?

MAGD. Sin embargo... me dijo que tenia que hablar contigo.

ROBERT. Pero si él sabia...

MAGD. Sí, lo sabia; y á pesar de ello permaneció aquí toda la noche.

ROBERT. Toda la noche? Y para qué?

MAGD. A lo que yo pienso, no le faltaban sus motivos.

ROBERT. Cuáles?

MAGD. Quién sabe? Tal vez el probarme que no es de tu opinion, y que si la compañía de la viudita Genoveva te agrada tanto...

ROBERT. Eh! Esa tontuela?

MAGD. Cada uno tiene su gusto. El señor Lubersac cree que valgo mas que ella.

ROBERT. Magdalena!

MAGD. Y que merezco algo mas que un marido que me deja sola, que me abandona para irse á la taberna... donde pierde su razon y de donde vuelve para reñirme.

ROBERT. Yo?

MAGD. Para amenazarme!

ROBERT. Yo!

MAGD. Sí, tú, Roberto. En seis años que somos esposos, hoy por la primera vez has levantado tu mano...

ROBERT. Oh! Eso no puede ser, Magdalena. Eso no es verdad. Levantar yo mi mano contra tí, contra mi esposa, contra mi mujercita á quien amo tanto!... Ah! decias bien. Habia perdido la razon. Lo crees así; no es verdad, Magdalena? Tú sabes que yo no amo en el mundo á nadie sino á tí... y á nuestro hijo, á nuestro pobre hijito!! Y si alguien te ha dicho lo contrario, miente como un bellaco y... (*Casi llorando.*)

por ahorrarte una sola lágrima daria yo... no lo sé, todo; mi vida entera, mi...

MAGD. (*Estrechándole la mano.*) Sí, sí; te creo, Roberto mio.

ROBERT. Y haces bien en ello... porque te lo juro... lo ves? (*Colérico.*) como juro romperle los huesos á ese bribon, á ese traidor de Lubersac.

MAGD. No, Roberto; yo te lo suplico. Ni una sola palabra acerca de lo que acabo de decirte. Ahora que le conoces, ahora que sabemos cuáles son sus intenciones, sepamos estar alerta. Tú no volverás á...

ROBERT. Nunca.

MAGD. Y tú me querrás...

ROBERT. Siempre.

MAGD. Entonces, qué tenemos que temer?

ROBERT. (*Reflexionando.*) Aguarda! En este momento recuerdo cierta circunstancia que antes no habia llamado mi atencion... y hoy mismo... sí. Me está esperando el sargento á quien ayer ví hablar en secreto con el señor Lubersac.

MAGD. El sargento? Qué pretende de ti?

ROBERT. Debiamos almorzar juntos... Ya, y mientras ese tunante... (*Mirando al fondo.*) No lo dije? Cree que me he ido, y vuelve á verte. Por el alma de mi padre!...

MAGD. Dios mio! Sosiégate, Roberto. No vayas á cometer una imprudencia.

ROBERT. Pierde cuidado.

MAGD. Me lo prometes?

ROBERT. Sí, sí. Ya ves que estoy tranquilo. Ahi viene: déjanos.

MAGD. Prefiero permanecer á tu lado.

ROBERT. No, no. Despues de lo que he sabido... Yo no quiero que ese miserable te dirija una palabra, una sola mirada... porque entonces no responderia de mí propio. Déjanos, Magdalena.

MAGD. Bueno; pero conten tu enojo.

ROBERT. Yo te lo prometo. Y ahora... abrázame para que yo no dude que me has perdonado.

MAGD. (*Abrazándole.*) Sí, porque veo que tu amor es verdadero.

ROBERT. Adios, adios, mugercita mia. (*Magdalena se va.*)

ESCENA X.

ROBERTO.—LUBERSAC.

LUBERS. (*Aparte viendo á Roberto.*) (Qué diablo! Aun está aqui.)

ROBERT. Pasad adelante, señor Lubersac... Qué tenemos de bueno? Quereis sin duda hablarme?

LUBERS. Si, eso es: venia...

ROBERT. Que me place. Yo tambien tenia que deciros algo.

LUBERS. (*Aparte.*) (Ese tono... Si le habrá contado su muger? Estas aldeanas son tan imprudentes!)

ROBERT. (*Bruscamente viéndole mirar aqui y allí.*) A quién buscais! Tal vez á Magdalena?... No está...

LUBERS. (*Sobresaltado.*) No, no. (*Aparte.*) Este hombre tiene un modo de mirar que !... (*Alto.*) No he dejado de pensar, amigo Roberto, que las últimas palabras del Conde habrán podido inquietaros.

ROBERT. A mi? No mucho. El quiere tener hoy mismo el importe de los arriendos... y lo tendrá.

LUBERS. Cómo!

ROBERT. Sí. En devolviéndomelos vos...

LUBERS. Con que renunciais?...

ROBERT. A seguir vuestro consejo. Sí, todas esas estrategias no son para nosotros, rudos campesinos, que no tenemos la habilidad necesaria para engañar á nadie, ni sostener una mentira. Ademas, el señor Conde tiene sospechas sobre mí, lo he conocido, y quiero probarle que no es suya la razon, y... como para ello necesito llevarle esas cantidades...

LUBERS. (*Aparte reflexionando.*) He aqui una buena ocasion para deshacerme de este hombre, y conseguir mi proyecto.)

ROBERT. Con que... me las devolvereis, eh?

LUBERS. Falta para eso qué yo tenga tiempo de examinar las cuentas (*Aparte.*) y de volver á ganar

los tres mil escudos que se llevó aquella maldita carta...

ROBERT. *(Mirándole con sospecha.)* Las cuentas habeis dicho? Vos las encontrásteis exactas!

LUBERS. No importa. Es preciso verlas de nuevo, y... será pronto. Mañana quizá... pues!... Yo te traeré ese dinero aqui.

ROBERT. Aqui... Mientras yo esté en otra parte, no es cierto?

LUBERS. Qué quieres decir?

ROBERT. Quiero decir, *(Conteniéndose.)* que os aconsejo nos honreis menos frecuentemente con vuestras visitas.

LUBERS. *(Aparte.)* (Todo lo sabe. Esa Magdalena...) *(Alto.)* Cuenta con lo que dices, Roberto. Creo que olvidas con quién estás hablando, y... en fin, que ese lenguaje... tus ideas turbadas por una noche pasada en la taberna...

ROBERT. Señor Lubersac...

LUBERS. *(Con dulzura.)* Vamos, vamos, no tienes motivos para enojarte asi. Créeme, tu pasion por el vino acabará por perderte.

ROBERT. Reparad que no se trata de eso, y... *(Muy alto.)* y que solo os digo que hace cinco dias os he pagado tres mil seiscientos escudos por los arrendamientos vencidos, y que es fuerza que me deis el recibo ahora... al instante.

LUBERS. Todavia! Vive Dios, amigo Roberto, que no parece sino que te has propuesto acabar con mi paciencia! Los vapores del vino te han trastornado sin duda la cabeza.

ROBERT. Pretenderiais por ventura negar que os he pagado los arrendamientos!

LUBERS. Eh! Basta. Acabemos. Tú has soñado ese cuento.

ROBERT. *(Colérico.)* Lo negais! *(Acercándose á Lubersac y colocándose delante de él.)* Oh! Habeis olvidado que no tengo otro medio de disculparme á los ojos del señor Conde? Que si no le pruebo que he pagado me veré envuelto en la deshonra y la ruina? *(Lubersac sonrie.)* Por última vez...

LUBERS. Ha perdido la razon. *(Quiere irse.)*

ROBERT. *(Lanzándose hácia él y deteniéndole.)* Miserable! Ese recibo ó no sales de aqui con vida.
LUBERS. Roberto!
ROBERT. Ese recibo... ó...
LUBERS. Favor, socorro!

ESCENA XI.

Dichos.—EL CONDE.

CONDE. *(Saliendo.)* Villano! Así te atreves?...
ROBERT. Señor Conde... *(Deja á Lubersac.)*
LUBERS. Este infame queria matarme.
CONDE. Qué significa lo que acabo de ver?
ROBERT. Significa...
LUBERS. *(Interrumpiéndole vivamente.)* Que trataba de obligarme á darle un recibo de los arrendamientos vencidos!
CONDE. De los que no ha pagado!
ROBERT. No señor.
LUBERS. Y como yo no quise acceder á sus amenazas... ha osado...
CONDE. *(A Roberto.)* Basta. Hoy mismo saldrás para siempre de mis tierras.
ROBERT. Sea; pero no sin que antes se me haga justicia y se me dé el recibo de 3600 escudos pagados por mi hace cinco dias al señor Lubersac.
CONDE. Hace cinco dias!
ROBERT. Sí, señor Conde.
CONDE. Y sin embargo, esta mañana declaraste lo contrario delante de mí.
ROBERT. *(Bajando la cabeza.)* Os mentia!
LUBERS. Ya veis qué disculpa !
ROBERT. *(Alzando la cabeza.)* Vos me lo aconsejásteis.
LUBERS. *(Fingiendo indignarse.)* Oh! Tal descaro...
CONDE. *(Haciéndole señas de que se calme.)* Permitid. *(A Roberto.)* Pero no afirmabas no haber recibido nada de los demas arrendatarios?
ROBERT. Os mentia.
CONDE. *(Severamente.)* Lo sé. Acaba de llegar á mi noticia que todos te pagaron...
LUBERS. Seria posible? Luego es un embustero... un...

ROBERT. Un ladron! No es eso lo que íbais á decir! Oh! ya lo veo. Yo soy el miserable, el vicioso... y vos el hombre honrado.

CONDE. Silencio! Si no tuviera compasion de tu muger y de tu hijo, en este instante te entregaria en manos de la justicia.

ROBERT. Señor Conde!... Por lo que hay de mas sagrado en el mundo, por la felicidad de mi muger y de mi hijo... os juro...

CONDE. Sella el lábio. Vas á mentir de nuevo?

ROBERT. (*Aparte con ira.*) Y no poder probarle!.. (*Un criado del Conde saliendo.*)

CRIADO. Señor.

CONDE. Qué hay?

CRIADO. La señora Condesa acaba de llegar con la señorita.

CONDE. Tan pronto! Yo no las esperaba hasta la noche. Venid, Lubersac, venid. (*Se vuelve á Roberto.*) Y tú, servidor infiel, tienes una hora tan solo para pagar esas sumas que no te pertenecen. De lo contrario, disponte á presentarte delante de la justicia del rey.

ROBERT. Señor Conde, una palabra, una sola! (*El Conde se aleja con Lubersac.*)

ESCENA XII.

ROBERTO.—MAGDALENA.

MAGD. (*Que ha escuchado las últimas palabras.*) Cielos! La justicia, Roberto? Es contigo con quien hablaba el Conde? Es á tí á quien amenazan?

ROBERT. (*Con amargura.*) Sí, á mí, por haber usurpado el dinero de los otros.

MAGD. Eso no es verdad!

ROBERT. Pero él lo cree. Pero ese infame Lubersac se lo ha dicho despues de haberme negado el recibo.

MAGD. Cielos!

ROBERT. Ya lo ves. Soy un miserable, un infiel servidor. Un ladron en fin!!! (*Movimiento de Magdalena.*) Sí, un ladron, á quien arrojan de estas tierras, y que aun debe dar gracias á sus nobles seño-

res porque no le han conducido á la cárcel.

MAGD. *(Llorando.)* Dios mio, Dios mio! Qué será de nosotros?

ROBERT. Salgamos! Salgamos de este pais, iremos en busca de tu respetable padrino, del párroco de San Valerio, y puesto que nos ama hasta el punto de haberse encargado de la educacion de nuestro hijo Luciano, no nos negará ahora sus sábios consejos.

ESCENA XIII.

Dichos.—PEDRO.

PEDRO. *(Apareciendo en el fondo con misterio.)* Pst, Pst.

ROBERT. Eh? Ah! Es Pedro!

PEDRO. Chisst! No tan alto! *(En voz muy baja.)* Vais á comprometerme! Si el Conde supiera que he venido á advertiros...

ROBERT. De qué?

PEDRO. *(Asustado.)* Chisst! Voy á esplicarme. Volvia yo andando, andando por junto al bosque y contando el importe de mis ganancias. *(Contento.)* Veinte y seis barbas nada menos á cuatro sueldos cada una.

ROBERT. Acaba.

PEDRO. Y de pronto oigo hablar al señor Lubersac... Pero qué le habeis hecho que está tan colérico contra vos?

ROBERT. Y pudiste entender?

PEDRO. «No haya indulgencia,» decia, «no haya piedad para semejante...»

ROBERT. Eh?

PEDRO. No me atrevo á repetir...

ROBERT. Y bien?

PEDRO. Vais á darme un sopapo, y...

ROBERT. Te digo que no.

PEDRO. *(Esclamando.)* Para semejante misera... *(Roberto hace un movimiento de cólera, y Pedro, que cree que es por él, cierra los ojos y baja la cabeza como aguardando ya el golpe.)* Ay!

ROBERT. Y despues?

PEDRO. (*Tranquilizándose.*) Despues? (*Esclamando.*) «Creedlo! Es preciso un ejemplo! Advirtamos á la autoridad para que prendan á Roberto!»

MAGD. Prenderte!

ROBERT. Deja, deja. (*A Pedro.*) Acaba.

PEDRO. (*Esclamando.*) Y qué?... (*Se detiene como recordando.*) Nada mas, no oí mas que esto, y he he corrido á advertíroslo.

ROBERT. Gracias, fiel Pedro, gracias. (*A Magdalena.*) Ya lo ves: ese hombre ha jurado mi ruina. Quiere deshonrarme, separarnos. Estando yo preso, creerá mas seguro el realizar sus infames proyectos, y... vendrá á ofrecerte su apoyo... á prometerte mi libertad... y... ya sabes á qué precio.

PEDRO. (*Curiosamente.*) A qué precio?

ROBERT. (*A Magdalena.*) Corre, vé á reunir lo que tengamos de algun valor, y parte.

MAGD. Yo sola?

PEDRO. Irás á San Valerio.

MAGD. Sin tí? Oh! Nunca: yo no te dejo un solo instante: suceda lo que quiera, no me separaré de tí. Yo soy tu esposa, y aunque te llevasen á una prision, tengo derecho á estar á tu lado. (*Abrazándole.*)

PEDRO. (*Enternecido y llorando.*) Oh! Esta sí que es una buena esposa. (*Busca en el bolsillo su pañuelo, saca en su lugar la bola de jabon, y distraidamente se la lleva á los ojos.*) Cuerno! Qué demonios he hecho? (*Restregándose los ojos.*)

ROBERT. (*A Magdalena.*) Pues bien: partiremos juntos; pero vé á prepararlo todo. Pedro hará el favor de ayudarte.

PEDRO. (*Restregándose los ojos.*) Con mucho gusto.

MAGD. Y tú?

ROBERT. Yo? El señor Conde me ha dado una hora de término para pagarle. Aun tengo tiempo de volver á presentarme á él, y esta vez quizá pueda justificarme á sus ojos.

PEDRO. (*Restregándoselos.*) Si le escocieran como á mi!

ROBERT. En fin, creo que despues de ver al señor Conde no se atreverán á prenderme.

MAGD. Si?

ROBERT. Estoy seguro. Pero de todos modos preven nuestra partida. Yo vendré á buscarte.

MAGD. Oh! Dios quiera que puedas confundir á tus enemigos. (*Roberto da algunos pasos hácia el fondo como para alejarse; pero viendo que Magdalena se ha sentado en el banco y llora, y que Pedro se acerca á ella para consolarla, vuelve y entra en la granja.*) Cielos! Cuál es nuestra culpa que asi viene á herirnos la desgracia! (*Roberto sale de la casa con un fusil en la mano.*) Roberto, la misma lealtad, la probidad misma, acusado, amenazado de ir á una prision!!

ROBERT. (*Aparte.*) A una prision! Oh! Lo veremos. (*Monta el fusil y sale precipitadamente.*)

ESCENA XIV.

MAGDALENA.—PEDRO.

PEDRO. Vamos, vamos, señora Magdalena. No hay para qué inundarse asi en lágrimas. (*Frotándose los ojos, aparte.*) Cómo pican! (*Alto.*) Pero qué ha hecho Roberto al señor Lubersac?

MAGD. Nada. Lo acusan injustamente, le calumnian!

PEDRO. De qué?

MAGD. Y sin embargo, te lo juro delante de Dios que nos escucha, Roberto es inocente! (*Se oye un tiro.*) Ah! (*Dando un grito Pedro, dá un brinco asustado.*)

PEDRO. Caramba!

MAGD. Qué es eso?

PEDRO. No sé... (*Sube al fondo y mira.*) Calle! Qué miro! es él!

MAGD. Quién?

PEDRO. Roberto. Viene corriendo hácia aquí, pálido, desconcertado, y con un fusil en la mano!

MAGD. Cielos!

ESCENA XV.

Dichos.—ROBERTO.

MAGD. *(Corriendo hácia él.)* Roberto, qué has hecho?
ROBERT. No te dije que ese infame Lubersac no me pondria en una prision?
MAGD. } Y qué?...
PEDRO. }
ROBERT. Que si voy, no tendrá el placer de verme conducir á ella.
MAGD. Habla por piedad.
ROBERT. Que... en fin, estoy perdido, arruinado... y que acabo de...
MAGD. Infeliz!
ROBERT. Sígueme.

ESCENA XVI.

Los mismos.—El Conde á los aldeanos que salen con él, señalando á Roberto.

CONDE. Apoderaos de ese hombre.
MAGD. Dios mio!
LUBERS. Asseguradle bien. *(Saliendo.)*
MAGD. }
PEDRO. } Lubersac!
ROBERT. }
ROBERT. No le he muerto!
LUBERS. Ya lo ves. Y á la verdad que tienes buena puntería. Pero mi sombrero me ha salvado. Con dos líneas mas abajo... (*Mostrándole el sombrero atravesado por la bala.*)
ROBERT. Hubiera librado á este pais de un miserable!
CONDE. Conducidlo á casa del juez.
MAGD. (*De rodillas.*) Piedad, señor!
CONDE. Levantaos. Yo podia contentarme con arrojar de mi lado al servidor infiel; pero no soy libre de absolver al asesino.
ROBERT. Magdalena, esposa mia! Si no volvemos á ver-

nos nunca... dí á nuestro hijo que le dejo dos deberes que cumplir... el uno... mi rehabilitacion... y el otro mi venganza. (*Magdalena se arroja en sus brazos.*) Adios...

LUBERS. Llevadlo cuanto antes.

MAGD. Roberto, Roberto mio!

ROBERT. Pedro, no la abandones!

PEDRO. Os lo juro!

MAGD. Roberto! (*Cae desmayada en el banco. El Conde y Pedro la socorren. Lubersac y los aldeanos se llevan á Roberto.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Al levantarse el telon Luciano está sentado y almorzando en una mesa de la derecha. Los aldeanos tambie sentados á la izquierda y esperando que los sirvan. A un lado y otro tienen instrumentos de labranza.

ESCENA PRIMERA.

LUCIANO.—VIRGINIA.—ALDEANOS.—*Despues* PEDRO BLANCO.

ALD. (*Dando en una mesa con la mano.*) Pronto, ese jarro de cidra! Aguardas á traerlo á la noche, ciudadana?

VIRGIN. Al instante.

PEDRO. (*Dentro.*) Diógenes! Ciudadano Diógenes! ciudadano Dió!... (*Sale: trae cortados sus cabellos y la tez sumamente tostada.*) En dónde está?

VIRGIN. Para qué buscas á mi padre, ciudadano barbero?

ALD. Pedro Blanco!

PEDRO. Hola, queridos colegas! (*A Virginia.*) Lo busco para... (*A los aldeanos.*) Os llamo colegas, porque si afeito á los hombres, vosotros haceis casi lo mismo con los vegetales, es decir, vosotros haceis la barba á la naturaleza y yo al género humano. (*Señalando á los instrumentos de labor de los aldeanos.*) Hé ahí vuestras navajas... (*Mostrando una navaja de afeitar.*) y hé aquí mi hoz.

VIRGIN. Y qué clase de asuntos tienes que tratar con mi padre?

PEDRO. Si yo necesitase al posadero, le hubiera llamado por su nombre de tio Perigot... luego cuando le interpelo con el de ciudadano Diógenes...

VIRGIN. Es que lo buscas como municipal?... *Dirigiéndose á la entrada de la bodega.*) Papá, papá Diógenes... subid al momento!

ESCENA II.

Dichos.—DIÓGENES, *con un jarro de estaño en la mano.*

DIOGEN. Qué tenemos?

PEDRO. No sabes lo que pasa?

DIOGEN. Cómo si lo sé! Y haces una pregunta de esa especie á un municipal? Acaso los municipales no lo sabemos todo?

PEDRO. Aaah! Todo, eh? Pues bien. Ya recordarás que ayer te dije que iria hoy por la mañana á San Valerio.

DIOGEN. Por la centésima vez le repito que ya no hay San Valerios! Hemos suprimido los santos.

PEDRO. Bueno. A Valerio.

DIOGEN. Eso es.

PEDRO. Continúo: que iba á San... digo á Valer... en fin, como se llame, á asistir á una yegua que se halla enferma de peligro... yo tambien suelo curar á los animales... A propósito... Aun me debes la última muela que te saqué.

DIOGEN. Acabarás, mastuerzo?

PEDRO. Enhorabuena. El caso es que no me han dejado pasar en virtud de ciertas órdenes que previenen se exija de todos los ciudadanos en circulacion una carta cívica y personal. Asi, pues, héme obligado á permanecer aquí. Voto vá! No es esto divertido? Cuando pienso que tú tienes la culpa!...

DIOGEN. Yo?

PEDRO. Tú! De algunos meses á esta parte han dado en pasar por el pueblo los proscritos que van á embarcarse secretamente para Inglaterra á dos leguas de aquí, en el puerto de San Ló...

DIOGEN. Ló...

PEDRO. (*Con fuerza.*) De San Ló.
DIOGEN. (*Con mas fuerza.*) De Ló.
PEDRO. No me dá la gana.
DIOGEN. Pedro!
PEDRO. Quieres oirme, sí ó no?
DIOGEN. Pero aunque en efecto pasen por aquí los proscritos... consiste en mí el?...
PEDRO. Ya se sabe que tú no tienes en ello la menor parte... Al contrario... (*Sonriendo con aire de burla.*)
DIOGEN. Eh?
PEDRO. Pero es peor... porque cruzan en tus barbas, y... (*Acercándose á él repentinamente y examinándole.*) Hombre, que largas las tienes! (*Disponiéndose á sacar las navajas.*) Voy á darte un paso!
DIOGEN. (*Rechazándole.*) Quita allá!
PEDRO. Peor para tí.
DIOGEN. Pretenderia alguno acusarme de que protejo á los aristócratas, yo que los detesto mas que nadie.
PEDRO. Pero no mas que yo, perdona.
DIOGEN. Me sostengo en lo dicho.
PEDRO. Vamos á ver: has sido víctima de ellos? Te has visto obligado á refugiarte en América como mi amigo Roberto y yo?
DIOGEN. Roberto?
PEDRO. Sí, un hombre de bien á quien su señor hizo encerrar en un calabozo, de donde pudo al fin escaparse abriéndose un camino con solo sus uñas... y una fuerte espiocha que pude suministrarle! Gracias á ella, se salvó, y no paramos de correr hasta América, donde Roberto se ha batido como un leopardo, y donde me han sucedido aventuras... que al saberlas te se erizarian las barbas. (*Se vuelve á acercar á él.*) Con que voy á afeitarte, eh?
DIOGEN. (*Rechazándole.*) Dale!
PEDRO. Aquí donde me ves, antes de habitar aquellos climas incendiarios era yo muy guapito...
DIOGEN. Diantre!
PEDRO. Sí, y hermoso como el dia.
DIOGEN. Ya! Segun ese dia fuese.

PEDRO. Como el mas sereno, ciudadano. Ya han pasado diez y seis años desde entonces, y tenia yo una blancura y una tez tan fresca, que ni los lirios ni las rosas... y cada mechon de mis cabellos era una madeja de seda dorada... Ah, no era Pedro el Rojo como en aquel tiempo me llamaban, sino Pedro el Rubito!

DIOGEN. Parece mentira lo feos que ponen los viajes á los hombres.

PEDRO. Si mis parroquianos al saber mi vuelta no hubiesen reclamado mis servicios, yo habria seguido á Roberto al ejército del Rhin, donde combate con tanto valor á los aristócratas. Oh! Ha jurado esterminar desde el primero hasta el último, y se saldrá con la suya... á menos que no le maten los prusianos. Entonces *(Con energia.)* yo iria...

ALD. *(Riendo y pagando á Virginia.)* Já, já, já!

PEDRO. *(Con fuerza.)* Sí, yo iria... yo iria á derramar lágrimas sobre su tumba. *(Enterneciéndose.)*

ESCENA III.

Dichos, menos los aldeanos.

PEDRO. Pero en el entretanto, al primer aristócrata que parezca... lo agarro y... lo presento al agente del comité de salud pública, que precisamente se halla recorriendo estos contornos.

LUCIAN. *(Escuchando con atencion.)* (Qué dice?)

DIOGEN. Un agente del comité?

PEDRO. No lo sabias?

DIOGEN. *(Gravemente.)* Ya te he dicho que yo lo sé todo, y antes que tú. *(En otro tono.)* Con que dices que va á venir un agente de?...

PEDRO. Pues! Un hombre terrible... y parece que no se anda en chiquitas. Al que coge... Asi es que si sabe que descuidas la vigilancia de este pueblo... *(Disponiéndose á irse.)*

DIOGEN. Eso es una calumnia! Yo probaré que se engañan... y para empezar... tus papeles. *(A Pedro bruscamente y con tono de autoridad.)*

PEDRO. Calle!
DIOGEN. Te pido tus papeles... tú debes tener papeles... enséñamelos.
PEDRO. Pero qué bestialidad! No me conoces por ventura?
DIOGEN. Yo no conozco mas que mi deber: tus papeles.
PEDRO. Mira que soy tu barbero.
DIOGEN. Me es igual.
PEDRO. Que tengo tu cabeza entre mis manos dos veces á la semana, y si yo no fuese un ciudadano honrado, podria abusar de mi posicion.
DIOGEN. (*Calmándose. Fija de pronto sus miradas en Luciano, y se dirige á Virginia, que arregla la mesa donde estaban los aldeanos.*) Tiene razon.
PEDRO. Vaya, está chocheando!
DIOGEN. (*A Virginia.*) (Quién es ese individuo?)
VIRGIN. Un viajero.
DIOGEN. Será preciso ver si sus papeles están en regla. (*Toma cierto aire de autoridad y se acerca á Luciano.*) Ciudadano?
LUCIAN. (*Con imperio.*) Tráeme mostaza.
DIOGEN. (*Cortado.*) Mostaza?
LUCIAN. Mostaza he dicho! No la tienes acaso?
DIOGEN. Al momento. (Lo disculpo. Es al posadero á quien habla y...) Aquí está. (*Sirviéndole.*)
LUCIAN. Gracias.
DIOGEN. (*Volviendo á tomar un aire de autoridad.*) Ciudadano viajero?
LUCIAN. Es buena?
DIOGEN. Cómo que si es buena? Ah! Sí, escelente... (*Volviéndose á erguir.*) Ciuda...
LUCIAN. Tráeme café.
DIOGEN. Café?... (*En voz alta.*) Virginia, café.
VIRG. (*Yéndose.*) Allá voy.
DIOGEN. (*Lo mismo que antes.*) Ciudada...
LUCIAN. Y rom.
DIOGEN. (*Gritando y dirigiéndose á Virginia.*) Y rom.
PEDRO. (*Corriendo á la puerta y repitiendo en voz alta lo que diga Diógenes á Virginia que se ha ido.*) Y rom! (Trae á la autoridad como un zarandillo.)
LUCIAN. Papel, pluma, tintero.
DIOGEN. Todo lo que quieras; pero antes muéstrame tus papeles...

LUCIAN. Mis papeles?
DIOGEN. Justo. Los tienes?
LUCIAN. Y tú? (*Levantándose y mirándole cara á cara.*)
DIOGEN. Eh! Yo?... (*Retrocediendo sorprendido.*)
LUCIAN. Sí, tú debes tenerlos tambien.
PEDRO. Eso es, tú debes tenerlos tambien.
DIOGEN. Pero... yo soy municipal...
LUCIAN. Por lo mismo has de dar el ejemplo.
PEDRO. Por lo mismo has de dar... (Chúpate esa...)
DIOGEN. Pero yo estoy en mis lares domésticos...
LUCIAN. Razon de mas! Yo podria decirte que habia olvidado mis documentos, que los habia perdido... pero tú ni aun tienes una escusa. Veamos. Pruébame que eres municipal, y pruébamelo con tus papeles, ya que tan mal lo demuestras por tus actos.
DIOGEN. Cómo es eso?
LUCIAN. Acaso un municipal obraria del modo que tú lo haces? Se comprometeria á cada paso por su negligencia y su abandono?
DIOGEN. (*Balbuciente.*) Ciudadano...
PEDRO. Hé ahí lo que yo te decia.
LUCIAN. (*A Diógenes bajo.*) Silencio. Aleja á ese hablador... Tengo que hacerte una comunicacion de la mas alta importancia para tí, si en algo estimas tu libertad y tu vida.
DIOGEN. Caramba! Pues qué!... Pedro, amigo mio: hazme el favor... tengo que hablar con este ciudadano, y...
PEDRO. Qué! No quieres que te afeite?
DIOGEN. No, déjanos.
PEDRO. Bueno. Entonces cuando vuelva luego...
DIOGEN. Sí, sí; pero vete ahora.
PEDRO. (Qué tendrán que decirse?) (*Váse.*)

ESCENA IV.

DIÓGENES.—LUCIANO.—VIRGINIA.

VIRG. Hé aquí todo lo que has pedido, ciudadano. (*Trayendo el café, un tintero y pluma.*)
LUCIAN. Está bien. (*A Diógenes.*) Sea lo que quiera

cuanto haya podido decirte ese imbécil que acaba de marcharse, yo sé que en el fondo eres un buen patriota, y quiero instruirte de los peligros que te amenazan.

DIOGEN.
VIRG. } Los peligros?

LUCIAN. Sí. (*Con misterio.*) Estos últimos dias, pasando por la ciudad de Caen, encontré en ella á un personaje á quien yo conocia de Paris. Este hombre viaja en un carro á la ligera, lleva consigo á una jóven... hija suya, y pasa por un simple mercader de quincallas.

DIOGEN. Basta, basta. Ya he comprendido. Que yo le eche mano, y verás á dónde van á parar sus mercancias.

LUCIAN. No es eso: tú no entiendes lo que digo... Cierra aquella puerta. (*La del fondo.*)

DIOGEN. Aaah! Voy. (*La cierra.*)

LUCIAN. Ese hombre es nada menos (*Redoblando el misterio.*) que un emisario del gobierno, y viene encargado por él de visitar esta parte de Normandia y de tomar informes acerca del comportamiento de los agentes de la república. Pobres de aquellos que se espongan á ser mal notados de él!

DIOGEN. Diablo!

LUCIAN. Y... como me consta que se dirige á San Maló...

DIOGEN. (*Murmurando.*) Maló.

LUCIAN. Es casi seguro que se detenga en tu casa. He ahí por qué he querido prevenirte.

DIOGEN. Pierde cuidado.

LUCIAN. (*Escribiendo en la mesa.*) Voy á que visen mi pasaporte para continuar mi viaje. Si esa persona llegase durante mi ausencia, entrégale este billete.

DIOGEN. Está bien. (*Mirando el sobre.*) «Al ciudadano Bernardo.»

LUCIAN. Es el nombre que ha elegido para viajar de incógnito. Sobre todo, la mas grande discrecion. (*Marchándose.*)

DIOGEN. Soy un mármol.

ESCENA V.

DIÓGENES.—VIRGINIA.

DIOGEN. Ves, hija mia, á lo que me espones con impedirme que interrogue á las gentes que llegan á mi posada?

VIRGIN. Una posada no es un tribunal, y no quiero ahuyentar á los parroquianos.

DIOGEN. Tienes razon... mas... dime, no seria bueno prevenir al ciudadano Régulo de?...

VIRGIN. De qué?

DIOGEN. De lo que acabo de averiguar. Es mi gefe, y... ademas, es un hombre de cabeza...

VIRGIN. Sí; pero con todas esas cualidades, maldita la confianza que me inspira... Un ex-mayordomo de un aristócrata.

DIOGEN. Chsssst! quieres callar?

VIRGIN. Por qué no se ha ido con ellos? Qué hace en este pais que no es el suyo?

DIOGEN. El tendrá sus razones. Eso no nos importa á nosotros.

VIRGIN. Y por qué no? *(Se oye el ruído de un carruaje.)*

DIOGEN. Eh? Escucha! Ese ruido...

VIRGIN. Es un carro que entra en el patio.

DIOGEN. Y qué mas?

VIRGIN. Toma! Ya no te acuerdas? Un carro, y en él un hombre que, ó mucho me engaño, ó ha de ser ese mercader de quincalla.

DIOGEN. Cómo! De veras?

VIRGIN. Y una jóven! Ahora se bajan... Y es muy bonita! Tambien el padre tiene un aire de bondad...

DIOGEN. Que si quieres! Para el pícaro que se fie en esos aires. Vaya, prepara una habitacion... la mejor de la casa... *(Deteniéndola.)* es decir, no, no te apresures, prefiero que permanezca algunos momentos en esta sala... á ver si con todo disimulo lo sonsaco...

VIRGIN. Papá, no hagamos bestialidades...

DIOGEN. (*Con dignidad.*) Virginia!
VIRGIN. (*Que ha ido á mirar al fondo.*) Ya están aquí.
DIOGEN. (*Tosiendo.*) Jum, jum! (No olvidemos que este hombre viene á sondear mis opiniones y mis sentimientos. (*Se pone á arreglar una mesa cantando.*) «De la patria... amor sagrado...»

ESCENA VI.

Dichos.—EL CONDE.—ENRIQUETA.

CONDE. Salud, ciudadano.
DIOGEN. (*Fingiendo no verle y con entusiasmo ridículo.*) Viva la República! Abajo los aristócratas!
ENRIQ. (*Asustada. Al Conde.*) Ah, padre mio! A qué casa hemos venido! Marchémonos cuanto antes.
CONDE. (Enriqueta, hija mia! Tú que hasta aquí has tenido tanto valor, desmayarás ahora? (*Acercándose á Diógenes.*) Ciudadano posadero!
DIOGEN. Quién me llama? Quién es? Ah! Qué te se ofrece, ciudadano? Me buscas como posadero ó como municipal?
CONDE. Tú eres...
DIOGEN. Pues! Y de los buenos! Y de los ardientes! Me vanaglorío de ello. (*Cantando.*) «O muerte ó libertad.»
VIRGIN. (*Ofreciendo una silla á Enriqueta.*) Siéntate, ciudadana.
CONDE. Puedes prepararme una habitacion?
DIOGEN. Sobre la marcha. Has oido, Virginia? (*Yendo por una silla para el Conde y cantando.*) «Libertad! libertad!» Si quieres tomar asiento entretanto...
ENRIQ. (*Asustada al Conde.*) (Padre mio!) (*Calmándola con una seña y dirigiéndose á Diógenes.*) Puedes mandar que echen cebada á los caballos.
DIOGEN. (*Dirigiéndose al fondo y llamando.*) Con mil amores. Eh, Calígula! Lleva esos caballos á la cuadra.
ENRIQ. Qué miedo me causa esta gente!
CONDE. Tranquilízate. (*Viendo que Diógenes le observa, fingiendo arreglar la mesa, saca un libro de

memorias y su lápiz: alto á su hija.) Con que dices que hemos vendido en el último pueblo dos docenas de cubiertos?

ENRIQ. Sí, padre mio.

DIOGEN. (*A Virginia que sale con un paño y unos zorros.*) Ya le tienes tomando sus notas.

VIRGIN. Bueno. (*Aparte á Diógenes.*) Yo voy á arreglarles el cuarto.

DIOGEN. (*Aparte á Virginia.*) No te des prisa. (*Cantando.*) «Muera, muera el tirano cruel.» Perdona, ciudadano: no reparé que estabas escribiendo...

CONDE. Sí, algunos apuntes de lo que hoy hemos vendido.

DIOGEN. Parece que la venta ha sido buena!

CONDE. En efecto.

DIOGEN. Tanto mejor. Y tú apuntas... y... pues! Para que no te se olvide nada.

CONDE. Precisamente.

DIOGEN. (*Riendo y restregándose las manos.*) Dime... has visto por ahí muchos municipales de mi temple, ciudadano Bernardo?

CONDE. (*Sorprendido.*) Quién te ha dicho?...

DIOGEN. No es ese acaso tu nombre?

CONDE. Sí.

DIOGEN. Tu nombre de... mercader por lo menos.

CONDE. No comprendo.

DIOGEN. No? Es igual. Al buen entendedor... Pero ya ves que no soy de los que toman el rábano por las hojas.

CONDE. Ya veo...

DIOGEN. Y que los enemigos encubiertos que se atreviesen á jugar conmigo... Dios les libre, porque...

ENRIQ. (Estamos perdidos!)

DIOGEN. Ahora, pues, que me conoces... ó mas bien, que los dos nos conocemos... concluye tus apuntes... yo voy á la municipalidad...

ENRIQ. (*Al Conde.*) (Para delatarnos!)

DIOGEN. Tu habitacion estará lista dentro de pocos instantes... Hasta la vista.

CONDE. Adios.

ENRIQ. Ah padre mio! Lo sabe todo!

DIOGEN. (*Volviendo.*) A propósito.

ENRIQ. *(Asustada.)* Ah!

DIOGEN. Me olvidaba de entregarte esta carta que han dejado para tí.

CONDE. *(Mirando el sobre y á Diógenes.)* Una carta! La letra de siempre! Y tú sabes?...

DIOGEN. No temas nada, ciudadano. Yo he jurado ser discreto, y... bueno es advertirte que en estos casos soy un pozo de discrecion. Un pozo sin fondo. Nadie sabrá quién eres, ni á qué has venido. Te lo aseguro bajo palabra de verdadero patriota y de republicano.

ESCENA VII.

CONDE.—ENRIQUETA.

CONDE. No entiendo la menor palabra.

ENRIQ. Leed, padre mio... leed pronto. Tal vez esa carta os esplique...

CONDE. Tienes razon... *(Leyendo.)* «Ciudadano, he creido conveniente confiar á tu huesped los motivos secretos de tu viaje.» *(Interrumpiéndose.)* Qué significa?.... *(Leyendo.)* «Así, pues, no te sorprenda su acogida, ni te inquiete su lenguage.»

ENRIQ. *(Con alegría.)* Oh! respiro. Ese hombre me causaba un temor horrible; pero supuesto que nuestro invisible protector le conoce...

CONDE. «Y como importa que estés bien enterado, voy á tomar las debidas informaciones, y pronto sabremos hácia qué punto deberás dirigirte en tu inspeccion.» *(Hablado.)* En mi inspeccion? «Aguárdame en esa posada. Salud y fraternidad.»—Cosa mas estraña! Este billete misterioso y varios otros que hemos recibido durante nuestro viaje...

ENRIQ. Y que nos han sido con frecuencia muy útiles, padre mio.

CONDE. Es cierto. Y sin embargo, me sospecho algun lazo, alguna traicion.

ENRIQ. Oh! eso seria horroroso! No, padre mio, no lo

creais. Luciano es incapaz... (*Se detiene confundida por sus palabras.*)

CONDE. Luciano? Quién?

ENRIQ. (*Bajando los ojos.*) Padre mio!

CONDE. Habla pues, acaba.

ENRIQ. Ya sabeis como despues de haber visto abrirse violentamente las puertas del convento en que yo estaba de pensionista, encontré un refugio en casa de la madre de una de mis compañeras.

CONDE. Sí, madama Girot. Dios quiera que pueda yo pagarle algun dia el haberme conservado á mi hija!

ENRIQ. Pues bien. Allí... en su casa... donde él ocupaba varias habitaciones que madama Girot le habia cedido... conocí...

CONDE. Conociste á Luciano. Y el apellido de ese jóven?

ENRIQ. Se llama Luciano Valery. Se hallaba en Paris concluyendo sus estudios: supo la prision de un hombre respetable que le habia educado, y resolvió salvarle; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Oh! si hubiéseis visto su desesperacion y sus lágrimas al saber la sentencia de aquel á quien llamaba su bienhechor! Quiso volar á la prision, arrancarle del poder de sus verdugos ó morir á su lado.

CONDE. Pobre jóven!

ENRIQ. No es verdad, padre mio, que quien así se disponia á sacrificarse por reconocimiento y por gratitud es incapaz de cometer ninguna traicion? No es cierto que podemos confiar en él?

CONDE. Sí, hija mia.

ENRIQ. Pues bien: sabedlo. Si no habeis sido arrestado en Paris cuando vuestros enemigos habian casi conseguido descubrir vuestro paradero, consistió en que Luciano... Sí, sí, él fué; estoy segura de ello. El fué quien os envió aquel pasaporte con el nombre de Bernardo, y aquel disfraz, y hasta el carro que nos aguardaba á media noche en el camino de Normandia. El será tambien, no lo dudeis, quien testigo de mis continuos sobresaltos, de mi cruel ansiedad y movido á compasion, se dispone de nuevo á salvarnos.

CONDE. Con efecto: solamente así podria esplicarme... pero... despues... estos avisos secretos que á cada instante y por distintos medios recibimos...,

ENRIQ. Serán suyos... sí. Nadie sino él puede saber la direccion que hemos tomado. (*Viendo aparecer á Luciano en el fondo.*) Ah! padre mio! No os lo decia yo? Bien segura estaba de que era él. Miradle.

ESCENA VIII.

Dichos.—LUCIANO.

LUCIAN. (*Sale mirando con precaucion en torno suyo y dice en voz baja.*) Salud, ciudadano. Estais solo?

ENRIQ. Sí, señor Luciano.

CONDE. Sí, ahora recuerdo... Yo he visto á este jóven en casa de la digna madama Girot. (*Examinándole.*)

LUCIAN. Justamente, señor Conde.

CONDE. Luego no hay que dudarlo, á vos es á quien debemos mi hija y yo habernos librado de la suerte que nos estaba preparada. Vuestra solicitud hácia nosotros... personas estrañas para vos...

LUCIAN. Estrañas! No estais por ventura proscritos? Vuestros enemigos no son tambien los mios?

CONDE. Cómo! caballero! Vos tambien... vuestro nacimiento?

LUCIAN. (*Tristemente.*) Mi nacimiento... Oh, no señor Conde!... Y desde que perdí al hombre bondadoso que me acogió en mi niñez, me he quedado solo en el mundo.

ENRIQ. (*Con interés.*) Huérfano?

LUCIAN. Sí, señorita, huérfano. Así debo, así quiero creerlo. Nunca he conocido á mi familia. Me han dejado ignorar hasta su nombre!...

CONDE. Sin embargo... vuestro apellido...

LUCIAN. Es el nombre del pueblo de San Valerio, donde pasé mi juventud al lado de un anciano sacerdote, del digno bienhechor que he perdido. Todo se lo debia á sus bondades. Él habia em-

pezado mi educacion, y á pesar de su pobreza quiso que la concluyese en París, como en efecto lo consiguió, á fuerza de sacrificios y de privaciones... Señor Conde... ese anciano virtuoso ha muerto en un cadalso!! (*Con dolor.*) Oh! Perdonad... pero... en fin, ya veis que al ayudaros en vuestra fuga no hago mas que mi deber, y que no teneis por qué agradecérmelo. Mi recompensa está en la idea misma de haber correspondido á las sabias máximas del hombre á quien todo lo debo, y á quien me parece ver sonreir á mis esfuerzos, y decirme desde el cielo. «Bien, hijo mio! Así es como yo quiero ser vengado.»

CONDE. Caballero, tan nobles sentimientos no pueden menos de aumentar mi estimacion hácia vos; pero nosotros no podemos aceptar por mas tiempo un apoyo que puede compromoteros sériamente!

LUCIAN. Y qué me importa? Ademas, con ganar algunas horas os hallareis fuera de todo peligro, y esta noche podreis llegar á San Ló.

CONDE. A San Ló? Es que yo no iba allí.

LUCIAN. Cómo? No es vuestro proyecto el pasar á Inglaterra?

CONDE. No lo sé. Me costará tanto el dejar asi la Francia como un fugitivo, como un bandido. Ah! si al menos yo conociera á mi vil acusador! Si pudiera ponerme delante del hombre que me ha señalado como enemigo de mi patria!

LUCIAN. Creedme, señor Conde. No os queda otro medio que la fuga. Idos á San Maló. Yo conozco el pais, y tal vez pueda proporcionaros al momento una barca.

ENRIQ. Sí, sí, padre mio!

LUCIAN. No vacileis. Mirad que mañana seria tarde quizá.

CONDE. Y sin embargo es indispensable diferirlo aun. Yo no puedo alejarme así... Antes que todo, y este era el principal objeto de mi viaje, tengo que ir á mi castillo de Breval.

ENRIQ. Gran Dios!

LUCIAN. Esponeros asi...

CONDE. Por un secreto aviso de cierto pariente á quien yo habia encargado defendiera mis bienes, he sabido que mi castillo fué invadido, mis muebles destrozados, y ocupados mis papeles... Pero... al mismo tiempo, estoy seguro que nadie habrá podido descubrir el sitio en donde yo dejé oculta al partir una suma considerable reunida mucho tiempo hacia. Esa suma nos permitirá vivir en Inglaterra, y si por desgracia llegaras á perderme, hija mia, moriré al menos con la consoladora idea de dejarte para siempre al abrigo de las privaciones y la miseria.

ENRIQ. Y es para eso?... Y es por mí por quien vais á arriesgaros, padre mio? A caer tal vez en manos de vuestros perseguidores? Oh, no, no! Antes sufrirlo todo. Qué me importa una fortuna? Prefiero antes mil veces la pobreza! Yo trabajaré.

CONDE. Tú!

LUCIAN. La hija del conde de Breval?

ENRIQ. Y por qué no? Deshonra el trabajo por ventura? Ademas, una hija debe trabajar por su padre, y yo fundaré en ello mi orgullo. Sí, sí, padre mio: ya vereis...

LUCIAN. Dignaos al menos permitirme el que vea si el camino está seguro, ó si convendria mas tomar algun otro sendero.

CONDE. Sea; y en cuanto anochezca, estoy decidido, partiré. Tal vez dándome prisa podré volver de modo que nos sea posible llegar á San Maló antes del amanecer.

ENRIQ. *(A Luciano.)* Caballero... si yo me atreviese á suplicaros que acompañáseis á mi padre...

LUCIAN. Tal era mi intencion, señorita; y si el señor Conde...

CONDE. Acepto con toda mi alma. Pero, cómo pagaros?...

LUCIAN. Acordándoos cuando os veais libre de todo riesgo, que dejais en Francia un hombre dispuesto á derramar por vos su sangre, si necesario fuese. *(Saluda y se marcha.)*

ESCENA IX.

CONDE.—ENRIQUETA.—*Despues* VIRGINIA.

ENRIQ. Lo veis, padre mio? Tenia yo razon en creer...

CONDE. Oh! Es un alma noble y generosa!

VIRGIN. Cuando gustes, ciudadano. La habitacion está ya dispuesta.

CONDE. Bien. Ve, hija mia; ve á descansar un poco. Estarás muy fatigada; diez horas de camino y en un carro tan incómodo...

ENRIQ. Y vos?

CONDE. En seguida iré á reunirme contigo; pero debo antes examinar esas cuentas... (*Señalando los papeles.*) (En cuanto vuelva Luciano...) *(A Virginia.)* Quieres preparar nuestra comida.

VIRGIN: Al instante. *(A Enriqueta.)* Te guiaré si gustas. (*Marchan los dos.*)

ESCENA X.

CONDE.—LUBERSAC.—DIÓGENES.

DIOGEN. Hélo aqui, ciudadano Régulo. Ves? Todavia está haciendo apuntes.

LUBERS. (*Se adelanta, mira al Conde y retrocede sorprendido.*) Cómo! Es ese el agente de?... Qué veo? Es él! No me han engañado!

DIOGEN. Eh? Le coonocias por ventura?

LUBERS. Sí. creo que sí; pero déjanos solos.

DIOGEN. (*Adelantándose.*) Ciudadano Bernardo... te presento al ciudadano Régulo... el municipal. Un republicano á machamartillo... *(El Conde mira en torno suyo: pero Lubersac se ha vuelto y finje mirar á otro lado de la habitacion para no ser reconocido. Diógenes continúa.)* á prueba de bomba, como yo. (*A Lubersac.*) Hasta luego; ahí te dejo con él.

CONDE. (Un municipal, estoy perdido.)

ESCENA XI.

CONDE.—LUBERSAC.

CONDE. *(Reconociendo á Lubersac.)* (Ya es inútil fingir...) Cielos!

LUBERS. *(Enternecido.)* Querido Conde, sois vos?

CONDE. Lubersac! Aquí... y en ese traje!

LUBERS. Oh! No me juzgueis antes de haberme oido. Las apariencias me acusan; mas...

CONDE. Las apariencias...

LUBERS. Asi es que si hoy me estais viendo revestido con estas insignias y esta autoridad, si por salvar mi cabeza he consentido en que crean esos miserables que el caballero Lubersac profesaba sus fatales ideas... sí... para convencerles me he hecho en público mas enemigo que ellos mismos del partido que en el fondo de mi alma no ceso de respetar y de querer... solo es para mejor serviros en secreto.

CONDE. Qué oigo!

LUBERS. La verdad. Y el cielo ha bendecido mis esfuerzos, pues hoy colma uno de mis mas fervientes votos, pues hoy me permite salvar al que fué para mí por tanto tiempo el mejor de los parientes, el mas fiel de los amigos.

CONDE. Lubersac... (*Conmovido y dándole una mano.*) Perdonadme... perdonadme de haber dudado de vos un solo momento. Y sin embargo... os lo confieso. A pesar de la pureza de vuestras intenciones, no os hubiera yo aconsejado lo que haceis... pero en fin, protegido por vos... podré realizar mi proyecto, ir al castillo de Breval... y sacar de él la suma sin la cual no puedo decidirme á espatriarme.

LUBERS. (*Fingiendo acordarse.*) Ah! Aquella suma perteneciente á vuestras tierras de Mesnil-Durand? Ochocientas mil libras que vos habiais convertido en títulos sobre diversos bancos estranjeros?

CONDE. La misma.

LUBERS. Pero... no la llevásteis con vos?
CONDE. No.
LUBERS. (Ya me lo sospechaba.)
CONDE. Podia yo preveer cuando os dejé allí para ir en busca de Enriqueta, que apenas ausente de mi casa seria acusado como traidor?
LUBERS. (*Hipócritamente.*) Y es posible que haya habido gente bastante infame para acusar al mejor de los hombres?
CONDE. Comprendeis ahora que es indispensable que yo vaya al castillo esta misma noche?
LUBERS. Vos! Cielos! Guardaos bien de hacerlo: de seguro encontraríais allí la muerte, y... segura, inevitable! (*Movimiento del Conde.*) Ya se ve... ignorais... yo acabo de saberlo en este momento. Un hombre terrible, implacable en su venganza... y del cual debeis temerlo todo... acaba de ser enviado á este pais por el comité de salud pública. Y este hombre que ha llegado esta mañana á Breval es...
CONDE. Quién?
LUBERS. Roberto el Normando.
CONDE. Cielos!
LUBERS. Si, Roberto, el servidor infiel arrojado de allí por nosotros en otro tiempo! Y aun no sé si mi cargo y las opiniones que yo profeso podrán ponerme al abrigo de su venganza.
CONDE. Y qué he de hacer? Partir sin recursos no es posible...
LUBERS. Y si os quedáseis, equivaldria á perderos vos y vuestra hija.
CONDE. Mi hija!
LUBERS. Aguardad. Sí, tal vez yo pudiera como magistrado y con el pretesto de tomar ciertas medidas para la seguridad del pais, pretender registrar el castillo. Una vez dentro, y guiado por vuestras indicaciones iria al sitio donde teneis oculta esa cantidad, y...
CONDE. En efecto.
LUBERS. Pero es preciso apresurarnos. Roberto no tardará en venir por aqui... He recibido el aviso oficial, y... Con que ese tesoro?...
CONDE. (*Con misterio.*) Lubersac, os creo mi verdadero

amigo. Escuchadme. En el salon de la derecha... el que da al parque... y en el rincon de la pared que hay junto á la puerta de mi cuarto... empujareis con fuerza... y el mismo resorte...

LUBERS. Basta.

CONDE. Pero... reflexionadlo bien. Vais á cometer una empresa tan peligrosa?

LUBERS. Tranquilizaos, y estad seguro de que llevaré á cabo mi intento.

ESCENA XII.

Dichos.—DIÓGENES.—VIRGINIA *que trae la comida en una bandeja grande.*

DIOGEN. Tu comida, ciudadano.

CONDE. Bien. Llevadla á mi habitacion. (*Diógenes y Virginia entran en la derecha.*)

LUBERS. Apresuraos. Prevenid á vuestra pobre Enriqueta...

CONDE. Aquí os esperamos. Entretanto un amigo que se interesa mucho por nuestra suerte, irá á San Ló á preparar...

LUBERS. Eso es.

DIOGEN. (*Apareciendo en el fondo.*) Ciudadano!

ENRIQ. (*Idem y reconociendo á Lubersac.*) Padre mio... cielos!

CONDE. (*Haciéndole seña y dirigiéndose á ella vivamente.*) Está bien, Enriqueta; soy contigo al instante! (*A Lubersac.*) Hasta la vista, ciudadano. (*Entra en el gabinete con Enriqueta.*)

ESCENA XIII.

LUBERSAC.—DIÓGENES.

LUBERS. (*Con gozo.*) (Por fin dí con ello!)

DIOGEN. (*Con misterio.*) Dí, has averiguado alguna cosa?

LUBERS. Sí. He averiguado... lo que queria saber.

DIOGEN. Y vamos, qué?...

LUBERS. Que se burlaban de tí.

DIOGEN. Eh?

LUBERS. Te digo que han abusado de tu credulidad... y á no ser por mi, ibas á dejar escaparse al mas peligroso enemigo de la república.

DIOGEN. Tá, tá, tá! Y dónde está ese enemigo, quién es?

LUBERS. Pronto vas á saberlo. Voy á tomar mis medidas para que no se nos escape. Tú, en cuanto tu hija salga de esa habitacion, cierra la puerta de ella y que queden asegurados.

DIOGEN. Cómo! Seria ese?... Bruto de mí!

LUBERS. Que Virginia se esté de centinela en el patio y vigile todas las ventanas y... en fin, tú me respondes de ese hombre... con tu cabeza! (*Váse.*)

ESCENA XIV.

DIÓGENES.—VIRGINIA.—PEDRO.

DIOGEN. Con mi cabeza! (*Aturdido.*) Con que tenia en casa á uno de los mas peligrosos enemigos?... Seria posible? Y el otro? El viajero aquel que vino á contarme la historia del comité de salud pública?...

VIRGIN. Calle! (*Acaba de salir.*) Qué tienes?

DIOGEN. Qué es lo que tengo, hija imprudente? (*Cogiéndola por un brazo y conduciéndola al centro del teatro.*) Dónde estariamos á esta fecha si yo te hubiese dado oidos? Si no hubiera avisado al ciudadano Régulo... (*Sacudiéndola del brazo.*)

VIRGIN. Ay! Pero...

DIOGEN. Vé... vé á hacerles cortesías... cumplidos... pon en las nubes su aire de bondad... como quien no dice nada... la bondad de un hombre que le ha faltado poco para dejarte huérfana!

VIRGIN. Dios mio!

DIOGEN. (*Con horror y misterio.*) Un espantoso complot!

PEDRO. (*Saliendo con vacía, etc.*) Con que puedo afeitarte ahora?

DIOGEN. Chisssst! (*Deteniéndole.*)

PEDRO. (*A Virginia.*) Qué mogiganga es esta?

VIRGIN. Lo sé yo acaso? Hace cinco minutos que me habla con un tono...

DIOGEN. *(Que ha mirado por la cerradura de la habitacion del Conde.)* No. Ahi están los malvados!

PEDRO. *(Asustado.)* Los malvados? Hay malvados aquí?

DIOGEN. *(Despues de mirar echa la llave y se la guarda en el bolsillo.)* Cuánto comen! Ahora vereis.

VIRGIN. Los has encerrado?

DIOGEN. Sí, los encierro. Y tú... vete al patio. Fija la vista en las ventanas de esa habitacion, y permanece en esa imponente actitud hasta el regreso del ciudadano Régulo.

VIRGIN. Pero eso de estar todo el dia con la cabeza levantada...

DIOGEN. Son sus órdenes. Yo voy por algunos hombres de la vecindad.

PEDRO. Para qué?

DIOGEN. Animal, no comprendes que pueden estar armados? Vaya... *(A Virginia.)* Márchate al patio. *(A Pedro.)* No pierdas esa puerta de vista. Al momento vuelvo con el refuerzo. *(Váse y Virginia.)*

ESCENA XV.

PEDRO.—LUCIANO.

PEDRO. Eh, dime! Escucha, ciudadano. *(Remedándoles.)* «Yo vuelvo con el refuerzo.» Y si antes toman las de Villadiego?

LUCIAN. Salud.

PEDRO. *(Volviéndose asustado.)* Quién vive? Ah! Eres tú? Llegas á buen tiempo, ciudadano. Con eso nos ayudarás.

LUCIAN. De buena gana... A qué?

PEDRO. A guardar cierta gente... cierta gente muy temible que el ciudadano Diógenes ha descubierto, y que tiene encerrados ahí.

LUCIAN. *(Dirigiéndose á la puerta del cuarto.)* Aquí?

PEDRO. *(Deteniéndole.)* Oh! Ten cuidado!

LUCIAN. Qué he de temer estando presos? *(Mirando por la cerradura.)* Son ellos! Habrán cometido alguna imprudencia? Si yo pudiera... Este imbécil!...

PEDRO. Los has visto?

LUCIAN. Perfectamente.

PEDRO. Son espantosos, no es verdad?

LUCIAN. Sí, es un anciano y una niña!

PEDRO. Un anciano! Pues qué diablos ha estado ponderándome Diógenes!

LUCIAN. Sin duda para darse importancia.

PEDRO. Habráse visto cobarde!...

LUCIAN. Y debemos sufrir que ese charlatan?... Porque yo le conozco... Hace poco hablé con él, y... no puede compararse á nosotros, que somos patriotas verdaderos, no es verdad?

PEDRO. Sí, verdaderos... de los netos. Nosotros somos netos, *(Con entusiasmo.)* mayúsculos!

LUCIAN. Y meter tanto ruido cuando él mismo podria!... Si hubieran caido en nuestras manos ya habrin dejado de existir!

PEDRO. Cabal.

LUCIAN. Ahora, si nos probasen que en el fondo de su alma eran buenos franceses como tú y como yo... al fin y al cabo no somos tigres ni bestias feroces.

PEDRO. Eso es, no somos bestias feroces.

LUCIAN. Discutimos, pero no asesinamos como pretende ese animal de Diógenes.

PEDRO. Ya se ve, y es mas todavía: yo no soy hombre sanguinario, y cuando desuello algun parroquiano... me duele mas que él... moralmente. Y siento una pena!...

LUCIAN. Comprendo! Y esa sensibilidad te honra y te eleva á mis ojos, ciudadano... *(Estrechándole una mano.)* y, ó te juzgo muy mal, ó estoy seguro que si vieras el dolor de ese anciano... la desesperacion de su pobre hija... te habias de acordar de tu padre... de tus hermanos!

PEDRO. Sí, de mi hermanita Gertrudis!

LUCIAN. Tú reflexionarias que ellos podrian ser tambien acusados injustamente por algun imbécil como Diógenes, y que su sangre inocente caeria sobre...

PEDRO. *(Enternecido.)* Jamás, jamás!!

LUCIAN. Luego... Quieres que los salvemos?

PEDRO. Sí, sí, al instante. Salvemos á mi padre y á

mi hermana... quiero decir á... vamos, yo no sé lo que me digo, yo no reparo en nada... Estoy asi... tan... tan... tan...

LUCIAN. Pues bien: ayúdame á impedir el horrible proyecto de ese estúpido Diógenes.

PEDRO. Si. Ay Dios mio! Aguarda. Es él. Sin duda viene con gente armada, y...

LUCIAN. Diógenes? (*Qué hacer entonces?*) Si me encuentra aquí todo es perdido, y sin embargo no puedo dejarlos en su poder.

PEDRO. (*Que miraba hácia el fondo.*) Viene solo. Ah! Una idea, una idea!

LUCIAN. Di.

PEDRO. Tal vez consigamos nuestro intento: si. Retírate ahi fuera, al jardin, y cuando sea tiempo te haré una seña, y vienes al momento...

LUCIAN. Cuenta conmigo... pero ten prudencia.

PEDRO. Mas que la misma Abigail. Que no faltes! (*Váse Luciano.*)

ESCENA XVI.

PEDRO.—DIÓGENES.—*Luego* LUCIANO.

DIOGEN. Uf!... Ocurre algo de nuevo?

PEDRO. Nada.

DIOGEN. No se han rebullido?

PEDRO. No. Y á dónde has dejado tus gentes?

DIOGEN. Ya no las necesitamos. Antes de un cuarto de hora estará aqui el enviado del comité de salud pública.

PEDRO. Hola!

DIOGEN. El ciudadano Régulo le ha enviado una especie de espreso que lo ha encontrado á dos leguas de aquí! Qué honor! Qué gloria para nosotros el poder presentarle nuestros prisioneros! Eh? Es una especie de agasajo...

PEDRO. Pero esa barba... No te dara vergüenza de...

una barba de ciento setenta y cinco horas?

DIOGEN. *(Pasándose la mano por la cara.)* Es verdad, pero cuando la patria...

PEDRO. *(Llevándoselo hácia la cocina.)* Ven, ven; es preciso afeitarte.

DIOGEN. No puedo, no puedo. Quién habia de velar entonces? Yo no me muevo de aquí.

PEDRO. Pero no tienes la llave en tu bolsillo?

DIOGEN. *(Llevándose la mano al bolsillo.)* Ciertamente; pero prefiero estar en esta sala. *(Tomando una silla y sentándose.)* Vaya, despáchate.

PEDRO. *(Que ha sacado todos los avíos de afeitar, poniéndole el peinador.)* En un santiamen... Átatelo á tu gusto.

DIOGEN. Bueno. *(En tanto que Diógenes ha alzado las manos y las tiene ocupadas en atarse el peinador, por detrás Pedro desliza suavemente su mano en el bolsillo de Diógenes.)*

PEDRO. Verás qué prontitud y qué delicadeza!... *(Toma la llave, vá á buscar á la mesa el agua cerca de la puerta del jardin, y grita al bastidor con interés.)* Atencion! *(Sale Luciano y le dá la llave.)*

DIOGEN. *(Volviéndosele.)* Atencion á qué?

PEDRO. *(Corriendo á él y enjabonándole.)* A que cierres la boca y los ojos. Yo acostumbro siempre á dar esta especie de alerta. Se puede decir que afeito á once voces como el ejercicio de fusil.

DIOGEN. Es particular! Oye! No tan fuerte.

PEDRO. *(Hace señas á Luciano que aparece, para que atraviese y vaya á abrir la puerta.)* Es preciso: tu barba es una especie de plumas de pavo... Si te cubre toda la cara!...

DIOGEN. *(Queriendo volverse.)* Eh?

PEDRO. *(Para impedirlo le llena de jabon los ojos y desde la frente á la barba.)* Hasta los ojos.

DIOGEN. Imbécil! *(Sin poderlos abrir.)* Bruto!!

PEDRO. Quieto, quieto! *(Le enjuga los ojos con el paño, y se coloca de modo que le impida ver la puerta que Luciano abre.)* Voy á limpiarte.

DIOGEN. No tan fuerte, caramba! *(Rechazándole.)* Pues no pasa uno pocos tormentos contigo! Basta! Aféitame pronto ó...

PEDRO. *(Echando miradas inquietas hácia el cuarto en

donde entró Luciano y siguiendo afeitándole.) Sí, sí.

DIOGEN. (*Cogiéndole de pronto el brazo.*) Calle! Estás temblando?

PEDRO. Yo? Vamos, colócate bien.

DIOGEN. Te digo que estás temblando, y no quiero que me afeites.

PEDRO. Pero, hombre, si así y todo me atrevo...

DIOGEN. Es que quien no se atreve soy yo. Cáspita! (*Luciano que vá á salir con el Conde y Enriqueta.)*

PEDRO. Yo te respondo... (*Diógenes quiere levantarse; pero Pedro le ha agarrado de las narices y lo tiene asido vigorosamente, haciéndole bajar la cabeza.*)

DIOGEN. (*Gangoso.*) Suéltame, condenado!

PEDRO. Quieto aquí! (*Diógenes no puede resistir. Pedro hace una seña á Luciano para que se vayan. El Conde, su hija y Luciano atraviesan el fondo y se dirigen hácia la puerta del jardin. Luciano al pasar devuelve á Pedro la llave, y este la echa en el bolsillo de Diógenes mientras habla lo que sigue.*) He de dejarte á medio afeitar? Con que me decias que el enviado del comité de salud pública ha sido instruido por el señor Lubersac... quiero decir, por Régulo, y que vá á venir aquí?

CONDE. (*Que en el momento de salir ha oido esto.*) (Lubersac! Ah, infame!)

PEDRO. Ah! (*Volviéndose para ver si se ha ido, reconoce al Conde sin dejar de afeitar. Al ver al Conde da un salto y grita sobresaltado. Vánse el Conde, Luciano y Enriqueta.*)

DIOGEN. Uf!! (*A quien el movimiento de Pedro ha herido levemente en la cara. Se levanta aterrado y procura atajarse la sangre con el peinador.*) Muerto soy!!

PEDRO. (*Cayendo aterrado en la silla que acaba de dejar Diógenes.*) Gran Dios! el Conde!

DIOGEN. (*Llamando con voz fuerte y despues desfallecida.*) Virginia! Virginia!! Socorr... Virg... Ah, asesino! Yo fallezco! (*Se tira sobre la misma silla sin reparar en Pedro, y cae encima de él;*

este lo empuja, y lo bota de un faerte empellon á larga distancia: los dos gritan.)

PEDRO. Cuerno!

DIOGEN. Ay!

ESCENA XVII.

Dichos.—VIRGINIA.

VIRGIN. Qué ocurre? Qué gritos son esos?

DIOGEN. Socorro! que lo prendan! Que lo guillotinen al asesino! (*Asiendo por el cuello á Pedro.*)

VIRGIN. Ah pícaro!

PEDRO. Suéltame.

DIOGEN. Me has matado? Confiesa.

PEDRO. Pero si es un rasguño!

VIRGIN. (*Examinando á Diógenes.*) Si no es nada!

DIOGEN. Nada? Vaya! Me pareceria á mí!

PEDRO. Estaba por rebanearte...

DIOGEN. Cómo se entiende?

VOZ. *(Dentro.)* Por aquí, ciudadano, por aquí.

VIRGIN. Cuánta gente!

PEDRO. Será el enviado del comité.

DIOGEN. (*Corriendo de un lado á otro.)* El enviado? Mi corbata! Desátame este nudo...

VIRGIN. Ven, ven; no puedes presentarte de ese modo.

PEDRO. Yo le recibiré mientras.

DIOGEN. Verdugo! *(Váse y Virginia.(*

ESCENA XVIII.

PEDRO.—ROBERTO.—*Gente del pueblo.*

ROBERT. *(Entrando.)* El ciudadano Diógenes?

PEDRO. Va á venir al... Cielos! Es posible? Roberto!

ROBERT. Pedro!

PEDRO. Con que eres tú el?... No te han matado los prusianos!

ROBERT. Ya lo ves. Y no es por culpa suya... ni mia. Pero, segun parece, tengo algo duro el pellejo, y... Sin embargo, me he traido de allá una co-

leccion de heridas... que aun dicen aqui estoy: (*Mostrando el brazo.*) esta, por ejemplo, me impide manejar el fusil por ahora...

PEDRO. Necesitarás curarla con?...

ROBERT. Para curar esta mano, lo mejor es castigar con la otra á todos los aristócratas posibles. Con ese objeto he pedido que me enviasen por este pais. A falta del brazo, la república sabe que puede contar con un corazon firme, y... me han encargado la mision que yo deseaba. Tú sabes que siempre he tenido la idea devolver por este pueblo.

PEDRO. Y sobre todo de volver hecho un personaje.

ROBERT. Sí, no lo niego. Sin contar otra gran satisfaccion que espero hace mucho tiempo, y... mas que nada... Has visto á Magdalena?

PEDRO. Magdalena? Ha venido contigo?

ROBERT. Ya sabes que nunca se separa de mí. Siguió hasta San Valerio esta mañana, y quedamos en que vendria á encontrarme. (Si habrá averiguado!) Vamos, ese municipal, ese... Diógenes está visible? Sí ó no?

VIRGIN. Qué tienes que mandar, ciudadano?

ROBERT. Calle! Eres tú el municipal por ventura?

VIRGIN. Soy su hija, para servirte.

ROBERT. Entonces no es á tí á quien yo busco.

DIOGEN. (*Saliendo con una ancha banda de tafetan en la cara.*) Perdona, ciudadano... si habiendo recibido una herida grave... en... servicio de la república... (*A cada instante se lleva el pañuelo á la cara.*)

ROBERT. Me han dicho que tenias arrestadas en tu casa ciertas personas sospechosas...

PEDRO. (Malo!)

ROBERT. (*A Diógenes, que distraido en llevarse el pañuelo á la cara, no escucha.*) Responderás?

DIOGEN. Virginia, hija! Yo creo que sale sangre!

ROBERT. (*Cogiéndole bruscamente del brazo.*) Ciudadano!

DIOGEN. Eh?

ROBERT. (*Viendo á Magdalena que entra.*) Soy contigo al instante. Qué ocurre? Qué has sabido?

MAGD. Nada, Roberto.

ROBERT. Nada! Ni la menor noticia ni la indicacion mas leve?... Pero el no haber contestado á ninguna de nuestras cartas... No te han dicho el motivo?

MAGD. Me han dicho que hace dos años... precisamente en la época en que fuiste herido en el ejército... mi padrino se habia marchado á París para ver á nuestro hijo que estaba allí concluyendo sus estudios, y habiendo sido el digno sacerdote acusado por sospechoso...

ROBERT. Sospechoso! El? Un virtuoso siervo de Dios, nacido entre nosotros, y que habia siempre tomado parte en nuestras penas y en nuestras alegrias?

MAGD. Sin embargo, fué encerrado en una prision, y en ella pereció cruelmente uno de los dias que el pueblo penetró en las cárceles... Ya te acuerdas que leimos en el ejército la relacion de aquella horrible mortandad.

ROBERT. *(Conmovido.)* Y bien, acaba.

MAGD. Qué he de decirte mas, sino que nuestro hijo no ha vuelto á San Maló, y que nadie ha oido hablar de él ni sabe su paradero? Ya se ve, amaba tanto á su protector... que al encontrarse abandonado por su familia, Dios sabe!...

ROBERT. Por piedad, Magdalena, eres muy injusta. No sabes que no podiamos darle un nombre que el pais creia deshonrado?

MAGD. Tienes razon! Pero no ver mas á nuestro hijo!

ROBERT. Oh! Malditos sean mil veces los que nos obligaron á separarnos de él!... Vamos, vamos, pobre Magdalena, ten valor! Quién sabe si algun dia?... Ciudadano municipal..... acabarás de presentarme esos arrestados?

DIOGEN. En seguida. Allí los tengo.

ROBERT. *(Sentado.)* Abre, y condúcelos aquí.

DIOGEN. *(Abre la puerta.)* Obedezco.

PEDRO. (Va á arder el pueblo.)

DIOGEN. *(A la puerta.)* En nombre del rey. *(Notando lo que ha dicho: á Roberto.)* Ay! Qué bestialidad... Perdona... estoy aun convaleciente, y... en nombre de la ley... salid: que salgais os digo. *(A los aldeanos.)* Entrad por ellos.

ROBERT. *(Dando un empellon á Diógenes, y entra en el*

cuarto.) Voto á brios! A qué son tantas ceremonias? Apártate.

PEDRO. (Dios nos asista!)

ROBERT. (*Saliendo.*) No hay nadie!

DIOGEN. Nadie? Es imposible!

ROBERT. (*Cojiéndole del cuello y arrojándole dentro del cuarto.*) Vé á verlo, miserable!... (Habrán huido!)

PEDRO. (Quisiera hallarme en el Orinoco!)

DIOGEN. Pues es verdad. Y sin embargo, yo tenia la llave. Virginia, tú no los has visto?

VIRGIN. Yo no me he separado del patio un instante, y la ventana ha permanecido cerrada. Mirad: lo está todavia!

ROBERT. Ello es que se han ido.

DIOGEN. Pero, por dónde? Les habrias tú abierto la puerta!

PEDRO. (*Turbado.*) Yo? Cómo! No tenias tú la llave?...

DIOGEN. Si, tú has sido, tú! Cuando me afeitaste estabas temblando! Por qué tiemblas tambien ahora? El es! He ahi por qué ha intentado degollarme!

ROBERT. Pedro... es verdad?

PEDRO. (*Vacilando.*) No, no; yo te juro... Ah señor!

ROBERT. Habla, eres tú? Te has atrevido á favorecer la fuga?

PEDRO. (*De rodillas.*) Perdon, Roberto: yo creí... me dijeron que no era sospechoso!... Si yo le hubiera reconocido antes...

ROBERT. A quién?

PEDRO. Al conde de Breval.

ROBERT. El Conde! Era el Conde de Breval, y estaba allí! Y le habeis dejado escaparse! Oh furor!

MAGD. Roberto, cálmate! El estado de tu herida...

ROBERT. El Conde... él, á quien en vano busco hace tanto tiempo!... Yo podia verle, verle aqui... á mis plantas... Vengar mis agravios!

PEDRO. Me dió lástima al ver á su hija, y...

ROBERT. Su hija! Iba con él!... Le ha quedado ese consuelo todavía!... Y qué me importa? (*Otra vez alterado.*) Acaso yo?...

DIOGEN., VIRGIN., PEDRO. (*Suplicando.*) Ciudadano!

ROBERT. Dejadme!... *(A Pedro y Diógenes.)* Si no fuéseis unos imbéciles... pronto dariais cuenta de vuestra conducta al tribunal de Granville.
ALD. *(Entrando.)* El ciudadano Roberto?
ROBERT. Qué me quieres?
ALD. Este pliego que acaba de llegar para ti. *(Se lo da.)*
ROBERT. *(Leyendo.)* Cómo!
MAGD. Qué?
ROBERT. Una cosa que estoy muy lejos de haber merecido.
MAGD. *(Leyendo.)* Cielos! «Ciudadano Roberto, apreciando la Convencion nacional tu ardiente celo, y tus buenos servicios por la causa del pueblo, y el valor de que has dado tantas pruebas en el campo de batalla...»
ROBERT. *(A Magdalena.)* Y no he hecho mas que mi deber.
MAGD. «Ha decretado confiarte el mando de las milicias guardacostas de Normandia, y darte á ti y á tus herederos el castillo y las tierras de Bruval. 6 fructidor, año 2.° de la República.»
PEDRO. Como quien no dice nada! Viva el ciudadano Roberto!
TODOS. Viva!

ESCENA XIX.

Dichos.—LUBERSAC.

LUBERS. Sí, viva! Ciudadano Roberto, al fin te encuentro!
ROBERT. Cielos! Esa voz! Tú!
MAGD. Lubersac!
LUBERS. El mismo, ó mejor dicho, el ciudadano Régulo, municipal de...
ROBERT. Tú sirviendo á la república! Oh! Vil Judas, no deshonrarás esa insignia sagrada! *(Arrancándole la faja con furor.)*
TODOS. Ah!
LUBERS. Y te atreves?...
ROBERT. Ha llegado el dia de la justicia, y esta alcanza

siempre á todos los traidores, á todos, miserable!

LUBERS. Roberto!

ROBERT. *(Desenvainando su espada y corriendo á herirle.)* Infame!

TODOS. Ciudadano!

LUBERS. Favor, socorro! *(Váse.)*

ROBERT. En nombre del comité de salud pública, apoderaos de ese hombre! Muerto ó vivo, lo ois? Apresuraos, porque de lo contrario me responderá vuestra cabeza!!! *(Esto en voz alta y enérgica: los aldeanos corren en pos de Lubersac.)*

PEDRO.
DIOGEN.
ALD. } Corramos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gran salon de la época de Luis XV en el castillo de Breval. A la izquierda en primer término una puerta, en segundo una ventana; cerca de ella una consola; todo cerca de la puerta del gabinete. Enfrente de la ventana otra que da al parque, y desde la cual se ven los fosos. Antes de esta ventana en primer término la puerta de una habitacion; despues de la ventana otra puerta que dá á una galería. Al fondo la entrada principal, á la derecha una mesa. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, MAGDALENA *está sentada cerca de la ventana y mira por ella tristemente, suspira y enjuga sus lágrimas.*

ROBERT. *(Dentro.)* Magdalena, Magdalena! Dónde estás? Calle! No lo digo? Todavía *(Saliendo.)* junto á esa maldita ventana?... *(Acercándose á Magdalena.)* Qué haces ahi?

MAGD. Yo? Nada; esperarte.

ROBERT. Y... me esperabas mirando aun por esa ventana!... Te habia rogado que no te asomases á ella, y... ahora te prohibo que vuelvas á este salon.

MAGD. Pero, qué mal hago mirando al mar?

ROBERT. Qué mal? Desde luego te haces mucho á ti misma. Sí: la vista de las playas de San Valerio te recuerda la pérdida tan cruel que deplora-

ramos... esto mantiene tus pesares, tus lágrimas, y... *(Secamente.)* por última vez: que no las vuelva á ver en tus ojos.

MAGD. Por ventura quieres quitarme el único consuelo que me resta, el que alivia mi corazon... el consuelo en fin, de llorar por un hijo?

ROBERT. Quiero... quiero que no estés pensando en ello sin cesar. Qué se adelanta con pasarse los dias enteros repitiendo... alli estaba... allí fué educado nuestro pobre hijo... *(Enterneciéndose.)* en aquellas playas jugaba quizá, y... de allí partió muy jóven para nunca volver... para ir... *(Casi llorando.)*

MAGD. Para ir á buscar la muerte.

ROBERT. Mi hijo! *(Queriendo serenarse.)* Mi hi... Ves lo que consigues *(Enfadado.)* con tus eternos gimoteos? Qué remedio hay ya? Por desgracia se ha probado de una manera casi indudable que el infeliz habrá sucumbido queriendo salvar á quien llenaba para con él las veces de padre.

MAGD. Si hubiera sabido que tenia una familia, quizá no se habría dispuesto á perecer tambien.

ROBERT. Quién sabe! Podia acaso abandonar á su bienhechor? No. Y si en efecto nuestro hijo murió defendiéndole... Qué diablo! Obró en ello como un jóven de honor; y Dios le habrá tenido asi presente! Esto, esto es lo que debemos decir en lugar de afligirnos á todas horas.

MAGD. Bien lo veo!

ROBERT. Entonces... de qué nos servirá la razon?

MAGD. Pero ya que hablas de esa manera, que discurres tan friamente, y que me prohibes venir á este salon... por qué tú mismo vienes todos los dias y á cada momento?

ROBERT. Yo?

MAGD. Sí: ayer, sin ir mas lejos... Oh! Te observé perfectamente... Apoyado en esa ventana y los ojos fijos en la costa... como yo hace poco, hablabas tristemente en voz baja... y llorabas, Roberto!

ROBERT. Pues bien; si. Lo mismo que tú, no puedo impedirme á mi propio el asomarme ahi, y cuando lo hago... no sé retirarme nunca; porque... mi-

rando aquellas playas, aquellas torres lejanas, y sobre todo, aquellas barcas que flotan en la embocadura del puerto, siempre me parece que... que un jóven sale de ellas y salta á estas orillas, y... despues comprendo que todo es un sueño, mi vista se oscurece... Oh! Cuánto daño causan estas ideas... son capaces de hacernos morir, y... yo quiero que tú vivas, Magdalena, *(Cogiéndole una mano.)* que vivas á mi lado para consuelo mio: lo entiendes? Con que vamos, dejémonos de pensar mas en todo eso!

MAGD. Sí, sí: procuraré!

ROBERT. Es muy difícil, bien lo veo!... Y aun me creen todos dichoso... Dichoso porque soy rico ahora, porque mando aquí... porque soy dueño de este castillo y de sus tierras! Ignoran que este honor, esta autoridad.... todos estos bienes los daria gustoso, no porque nos volviesen á nuestro hijo, bien sé que no es posible... pero solo por poder decir... antes de perderlo, lo tuve un dia... un instante en mis brazos!

MAGD. Oh!

ROBERT. Pude verlo, decirle... hijo, y oir que me llamaba su padre... Y no tener un recuerdo siquiera!...

MAGD. Roberto!

ROBERT. Es verdad. Me habia olvidado de que es preciso no pensar en ello. Me lo prometes tú? En cuanto á mí, no quiero ya acordarme sino para maldecir á los que fueron la primera causa de tanta desdicha, y ese vil Lubersac... Oh! pensaba sin duda que por haber vendido á los suyos se libraria de mi encono! Como puedan encontrarle... yo le juro... En cuanto al otro, tambien espero no morir sin haber antes arreglado con él mis cuentas.

MAGD. Todavia! Siempre esas ideas de venganza!

ROBERT. Si! Siempre. Porque al pensar que hay en el mundo un hombre por quien he sido acusado de una accion vergonzosa, un hombre que me ha tratado como á un ladron, y que lo cree... puesto que rehusó escucharme... Ah! yo le llegaré á ver cara á cara. Y aunque fuese un ins-

tante, solo para probarle... *(Con rabia.)* Pero y con qué medios? Bien; le mata...

MAGD. *(Poniéndole la mano en la boca.)* Calla, Roberto, calla.

ROBERT. Cuando pienso que ese imbécil de Pedro...

ESCENA II.

Dichos.—PEDRO.

PEDRO. *(Saliendo con un fusil y aparte.)* Hola! Aun se trata de mí?

ROBERT. Que á no ser por ese maldito barbero...

PEDRO. Cesante, ciudadano.

ROBERT. Estabas ahí?

PEDRO. He depositado mis navajas y mi jabonera... en el ara de la libertad. Y hago ahora con esto *(Señalando al sable.)* la barba á sus enemigos. El vejestorio de Diógenes me ha hecho perder mis parroquianos paseándose por todas partes con una venda de tafetan en el carrillo, so pretesto de que yo le he echado abajo una quijada.

ROBERT. Ya lo sabemos. Qué es lo que quieres ? Por qué traes ese fusil?

PEDRO. Este fusil? Para emplearlo contra los aristócratas. Quiero purgar de ellos la superficie del globo y de la Normandía... Así, pues, voy á plantarme de centinela en el patio del castillo... y al primer hombre sospechoso que aparezca... Alto ahí! Tu cabeza! *(Haciendo movimientos análogos.)* Yo quiero en nombre de la ley tu cabeza! Cómo! Tardas en entregármela? Eh ? Te resistes?... *(Apuntando.)* Plom!

MAGD. *(Levantándole el fusil.)* Acabarás?

PEDRO. *(Con entusiasmo guerrero.)* Es que estoy hecho un mortero de aplaca!

ROBERT. Y no has venido mas que para decirme esas necedades ?

PEDRO. Pues ya no me acordaba... El tio Gerónimo... el cerrajero á quien habiais mandado venir... ha llegado con su oficial, y pregunta...

ROBERT. Si, voy á mandarle... lo primero que ponga

cerraduras á las hojas de esa ventana. (*Vá á mirar.*) Aun están los goznes.

PEDRO. Pero y las hojas?

ROBERT. (*Mirando abajo.*) Tal vez se encuentren ahí abajo... caidas en los fosos. Que las coloquen como he dicho: quiero condenar esta ventana.

PEDRO. Qué lástima! Las vistas mejores del castillo...

ROBERT. Es posible... pero los fosos están secos... desde que se demolieron los muros, y pudiera suceder que alguno bajase á ellos para penetrar luego aquí... enviaré al cerrajero... Vamos, Magdalena. (*Se dirige hácia la puerta del fondo, y dentro se oye un grito lastimero: se detienen.*)

VOZ. (*Dentro.*) Ah!

PEDRO. (*Apuntando con su fusil y asustado.*) Quién anda ahí?

ROBERT. Es singular! (*A Magdalena.*) No has oido un grito hácia el lado de los fosos?

PEDRO. Ya caigo! Sin duda serán las ranas.

ROBERT. Imbécil! Olvidas que los fosos están secos?

PEDRO. Entonces será tu perro, que se fastidia de estar atado á la verja.

ROBERT. Casi apostaria...

MAGD. (*Aparte.*) Y yo tambien.

ROBERT. No; nada! Hay un silencio!... (*Mirando afuera.*) Y como ha anochecido... voy á hacer la ronda con algunos hombres al rededor del castillo; pronto volveré. Entretanto dispon nuestra cena, y cuando Gerónimo se marche, cierra bien aquí.

MAGD. (*Con los ojos fijos en la ventana.*) Pierde cuidado.

ROBERT. (*Abrazándola.*) Ven, Magdalena mia, ven. (*Vanse todos.*)

ESCENA III.

PEDRO.—GERÓNIMO.—LUBERSAC.

PEDRO. Cosa como ella! Ahora se cambia en dulce y tierno! (*Viendo irse á Roberto.*) Qué carácter tan desordenado!... Nunca se acierta con él:

tiene momentos en que sus ojos se inflaman... sus cabellos se crizan... ruge como un leon... y devoraria un hombre... diez hombres!!! Otras veces parece un gato manso; se le pasa la mano por el lomo, y rrum, rrum... muy quieto hasta que á lo mejor se enfosca y fffff! (*Haciendo un movimiento de arañar.*) le clava á uno las uñas.

GERON. (*Saliendo Lubersac, le acompaña disfrazado de cerrajero.*) Es aquí?

PEDRO. (*Sobresaltado y volviendo.*) Quién? Ah! sí! Adelante: tienes que arreglar las hojas de esa ventana.

GERON. Y poner cerrojos y barras á las puertas de la galería. Ya me lo ha dicho el ciudadano Roberto. (*Abre la puerta del gabinete.*)

PEDRO. (*Señalando á Lubersac.*) Dí, amigo Gerónimo, dónde diablos se ha ido á meter tu oficial para tomar ese baño de carbon?

GERON. Como viene de la fragua...

PEDRO. Ya! Y emplearcis mucho tiempo en lo que vais á hacer aquí?

GERON. No sé; ya veremos...

PEDRO. Entonces, cuando hayas concluido, avisa á la ciudadana Roberto para que venga á cerrar... (*Mostrando el fusil.*) Yo voy á dar la pitanza á este educando. El pobrecito tiene hambre, y voy á alimentarle opíparamente para que esté en disposicion de habérselas con los... (*A Lubersac que examina el salon y pone las manos en el rincon de la derecha.*) Eh! No ensucies las paredes, ó ponte para ello mitones. (*Aparte.*) Si fuese negro como mi antiguo esclavo Dominguito, al cual pretendí hacer mulato á fuerza de darle jabon á todas horas! Pero cá! no conseguí ni aclararlo un poco siquiera. (*Alto.*) Hasta luego, ciudadano Gerónimo. Ran, tan, tan, tan. (*Se vá haciendo el ejercicio con su fusil.*) Al brazo... arm! A discrecion!

ESCENA IV.

GERÓNIMO.—LUBERSAC.

GERON. Entendámonos los dos ahora. Tú me habias prevenido que te avisase la primera vez que viniese á trabajar al castillo. Lo he hecho, te he traido conmigo. Falta, pues...

LUBERS. Que yo á mi vez realice mis ofertas. Lo haré.

GERON. Cuándo?

LUBERS. Al instante.

GERON. Enhorabuena. Esto no es decir... porque si yo al menos te conociese...

LUBERS. Es inútil.

GERON. Pero como te has establecido hace poco en el pais, segun me has dicho...

LUBERS. Con tal que yo te pague... *(Buscando en sus bolsillos.)*

GERON. Es verdad. *(Tendiendo su mano y aparte.)* Veremos si es lo que me sospecho.

LUBERS. *(Dándole oro.)* Toma.

GERON. Oro! Luises de oro! Lo hubiera adivinado. Gracias! Señor aristócrata... vos sois un...

LUBERS. Te importa algo pagándote bien?

GERON. No. *(Mirándolos entusiasmado.)* Pero qué hermosos luises!

LUBERS. *(Aparte.)* Empujando la pared fuertemente... *(Tocando en el nicho.)*

GERON. Eh! Qué haceis?

LUBERS. Nada: examinaba...

GERON. Vaya, vos sois alguno de los antiguos propietarios de este castillo... y deseais ver si no os lo han destruido todavia!

LUBERS. Tal vez; pero lo que exijo de ti ahora es que me dejes solo.

GERON. Solo! Aquí? No habeis oido que la ciudadana va á volver?

LUBERS. Es cierto! *(Reflexionando.)*

GERON. Ademas, yo prometí traeros; pero no...

LUBERS. Pues bien: toma para dejarme en el parque y para que guardes silencio. *(Dándole algunos luises mas.)*

GERON. Oh ! no hay cuidado. Habia de publicar que yo mismo habia introducido aqui un príncipe?... *(Movimiento de Lubersac.)* Un duque... en fin, lo que seais. (*Va y toma la medida á la ventana.)*

LUBERS. Apresúrate. *(Aparte.)* Eso es, ocultándome en el parque y aguardando allí que entre bien la noche... yo encontraré medio... *(Alto.)* Salgamos por aqui.

GERON. Cómo ! Vos sabeis?...

LUBERS. Sí, sí, esta puerta dá al parque. *(Aparte.)* No echando al pestillo mas que una vuelta, me será fácil luego... *(Escuchando.)* Viene gente.

GERON. La propietaria sin duda.

LUBERS. Vamos, vamos, apresúrate. *(Se va por la puerta de la galería; al mismo tiempo Luciano sale por la del fondo.)*

ESCENA V.

LUCIANO *solo, en trage de marinero, viene pálido, sus vestidos en desórden y llenos de polvo ; se asoma y mira á uno y otro lado del fondo.*

No, no hay nadie... *(Aplicando el oido.)* Y los otros se alejan... No me han visto! (*Se deja caer en una silla debilitado por el cansancio.*) Creí por un instante que no conseguiria evitar que esos hombres reparasen en mí... y he dudado y... hasta me he estremecido. No por mí, no. Pero ir á una prision antes de haberlos socorrido... abandonarlos en la cruel posicion en que los acabo de dejar... enfermos... sin recursos , no teniendo yo tampoco nada que ofrecerles... nada, sino el sacrificio de mi vida... Oh! Ademas, yo no quiero morir asi, sin que ella sepa al menos lo que he intentado por la felicidad de su padre y la suya. Sin embargo, no he querido confiarles mi proyecto. Hacerles concebir una esperanza que tal vez no se realizará ! No , no : he hecho bien en ocultárselo, y si el cielo protegiese mis intentos , ma-

ñana les llevaré ese tesoro que debe hacerles ricos y libres. Entonces podrán dar la suma sin la cual me han rehusado despiadadamente el conducirlos á Inglaterra. Entonces... mañana mismo estarán lejos de sus enemigos... y tambien de mí!!... (*Tristemente.*)

MAGD. (*Dentro.*) Voy, voy. Un instante...

LUCIAN. Cielos! (*Se oculta contra la pared del salon.*)

ESCENA VI.

LUCIANO.—MAGDALENA.

MAGD. La ventana tambien. (*Saliendo y como si hablase con alguno de adentro.*) No tengas cuidado. Ah! (*Se asusta: va á la ventana, y descubre á Luciano.*)

LUCIAN. Silencio!

MAGD. No, no, Roberto!

LUCIAN. Por piedad, no llameis!

MAGD. (*Mas asustada.*) Dios mio!

LUCIAN. Oh! No os vayais, no! No temais nada de mí.

MAGD. (*Viéndole vacilar y apoyarse en una silla.*) Pero... vos... Cómo! Qué teneis?

LUCIAN. La fatiga... el cansancio... y la violencia de mi caida...

MAGD. Qué! Seriais por ventura el que hace poco gritó?...

LUCIAN. Sí.

MAGD. Hácia los fosos? Ya decia yo que seria alguna desgracia! Los que no conocen estas inmediaciones suelen... De buena os habeis escapado! Si mi marido os llega á ver, llama á su gente... y (*Viéndole padecer.*) Dios sabe!... Pero... Virgen santa! Os falta el aliento! Estais herido quizá?

LUCIAN. No, no.

MAGD. Precisamente no tengo aqui nada que poder suministraros... pero haced un esfuerzo... seguidme, y tomareis un vaso de cidra con dos dedos de aguardiente. Esto os alentará!

LUCIAN. (*Vivamente.*) No, os doy gracias.

MAGD. En efecto, ya olvidaba lo que me deciais hace poco cuando entré!... Temeis ser descubierto?

LUCIAN. (Qué he de decirle?)

MAGD. No respondeis?

LUCIAN. Pues bien, sí.

MAGD. Luego es verdad?

LUCIAN. Oidme, ciudadana. *(Levantándose.)* Vos que me felícitábais hace poco por no haber sido descubierto por vuestro marido... Iriais ahora á perderme... á entregarme á él?...

MAGD. Yo... no por cierto; pero... quién sois? de dónde venis? Ah! Esos buques ingleses que se han visto...

LUCIAN. Sí, sí, eso es.

MAGD. Luego venis de Inglaterra? Ya decia yo... este modo de hablar...

LUCIAN. Silencio!

MAGD. Un emigrado!

LUCIAN. Callad, callad. Habiendo desembarcado hace una hora cerca de aquí, confiaba, merced á este trage, poder atravesar durante la noche estos contornos y llegar á los alrededores de Bayeux, donde me aguardan amigos y parientes que no pueden consolarse de mi ausencia.

MAGD. Pobre jóven! Pero no me engañais? (*Con interés.*) Es esa la causa? Esa no mas? No tratais de reuniros á los que nos hacen la guerra?

LUCIAN. Oh, no! Os lo juro.

MAGD. Entonces... tranquilizaos. Dios me libre de procuraros mal alguno. Solo os aconsejo que os alejeis al punto de aquí..... si mi marido os viese, á pesar de que vuestras intenciones no tienen nada de culpables... Sí, nada. Porque, en fin, ir á ver á su familia, su madre quizás... Pero, ya se vé!... Roberto tiene otras ideas, y con solo oir el nombre de emigrado... de Inglaterra sobre todo, seria capaz... tiene momentos tan terribles!... Con que si os sentís en estado de continuar vuestro camino...

LUCIAN. Imposible! Por otra parte, he visto algunos hombres armados cerca de aquí... y para no encontrarme con ellos traté de saltar el foso y los muros del parque... Decidme: no podria pasar

la noche en alguna parte inhabitada de este castillo?

MAGD. No faltaria dónde... nosotros ocupamos el lado opuesto á este, y quizá...

LUCIAN. Pero, y vuestro marido?

MAGD. Oh! No hay miedo de que ponga los piés por esta noche aquí, en el gran salon.

LUCIAN. Ah! Es este... *(Examinándole como herido de un recuerdo.)*

MAGD. Tambien puedo ocultaros en la granja.

LUCIAN. (Esa ventana... la puerta del gabinete.)

MAGD. Mejor será llevaros á ella desde luego.

LUCIAN. Oh! Aquí es!

MAGD. Nuestra gente ha salido *(Mira y vuelve desde la ventana.)* á rondar. Venid.

LUCIAN. *(Fingiendo de improviso no poder andar.)* Con mucho gusto. Ay!

MAGD. Qué es eso?

LUCIAN. Un dolor tan agudo!...

MAGD. Os habreis lastimado el pié quizá con la caida...

LUCIAN. Mucho me lo temo.

MAGD. Apoyaos en mi brazo.

LUCIAN. Oh! No... no... *(Dando un paso y sentándose.)* no puedo! Os agradezco tanta bondad; mas... prefiero quedarme aquí... Algunas horas de descanso disiparán este dolor y mi fatiga.

ROBERT. *(Dentro.)* Magdalena!

MAGD. *(Alto.)* Cielos! Es Roberto! Allá voy Qué hacemos? Ocultaos.

ESCENA VII.

Dichos.—ROBERTO.

ROBERT. Acabarás de cerrar esas puertas?

MAGD. Sí... he acabado ya... *(Turbada.)* Me iba, y...

ROBERT. La cena nos está esperando: despachemos. *(Viendo á Luciano.)* Eh?... Calle? No estabas sola!...

MAGD. No... Y por eso... porque...

LUCIAN. *(Sentado.)* Salud, ciudadano. Perdona si me he

tomado la libertad de entrar en tu casa. Pero un accidente...

ROBERT. Un accidente?

MAGD. Sí! Se ha herido al...

LUCIAN. Al caer.

MAGD. En los fosos. Ya recordarás el grito que oimos... Tenias razon. No podia ser otra cosa.

ROBERT. Con que... eras tú?

LUCIAN. Sí, ciudadano.

ROBERT. *(Con desconfianza.)* Y... cómo es que te hallabas en estos sitios?

LUCIAN. Me volvia á Chebourg y para embarcarme en uno de los buques cruceros. Sorprendido por la oscuridad de la noche, y temiendo estraviarme antes de llegar á la aldea de Gre... de Bre... ¿cómo se llama?

ROBERT. De Breval.

LUCIAN. Eso es: asi creo que me dijeron. Quise preguntar cuál era el camino...

MAGD. Se aproximó demasiado á los fosos, y entonces...

ROBERT. Por qué no has llamado en tu auxilio?

LUCIAN. Me aturdió el golpe de tal modo...

MAGD. Es natural.

LUCIAN. Vuelto en mí, oí ruido de gente: noté movimiento hácia este lado, y á duras penas he llegado hasta aquí.

MAGD. Ya ves en qué estado.

ROBERT. Sí, sí. *(Tranquilizándose y sonriendo.)* No te vendria mal un cepillo.

MAGD. Sobre todo una copa de cidra y un buen plato de sopas.

ROBERT. Es cierto. Eso te dará fuerzas. Ven...

MAGD. Qué ha de venir?... Cuando te digo que no puede dar un paso!...

ROBERT. Cómo! Es cosa tan grave?... A ver... enséñame... Irán á la ciudad por un...

LUCIAN. Es inútil, gracias. Con solo descansar un rato... Y siempre que no tengas inconveniente en que pase aquí la noche...

ROBERT. Aquí! Bueno, puesto que no estás en disposicion de andar, nada... *(A Magdalena.)* Dispónle la habitacion de al lado.

MAGD. Sí, sí; pero se hace tarde. Ven á cenar y yo le traeré...

ROBERT. No hay necesidad. Supuesto que el ciudadano marinero no puede venir á cenar con nosotros, cenaremos nosotros aquí con él.

MAGD. Pero no decias?... (*Señalando la ventana.*)

ROBERT. Oh! A estas horas... cuando no se distingue nada á veinte pasos... no hay riesgo de... Llama á Pedro para que te ayude. Yo voy á colocar la mesa. Vamos, qué te detiene? El camarada deseará recogerse, y yo tambien deseo ir á ver si mis gentes estan alerta en sus puestos. (*Váse Magdalena por la derecha.*)

ESCENA VIII.

ROBERTO.—LUCIANO.

LUCIAN. (*A Roberto que va á adelantar la mesa.*) Siento mucho la molestia que os causo.

ROBERT. Eh? Os causo? (*Le mira con atencion y recelando.*)

LUCIAN. (*Reponiéndose.*) Si. A tí, á tu mujer.

ROBERT. Bah! Buena molestia. Voto á brios!...Con que... dime: vas á embarcarte á Chebour para salir á caza de todos esos traidores de?...

LUCIAN. Cuánto hay hasta allá?

ROBERT. Cómo?... Veinte leguas poco mas ó menos. Para cuando te embarques... quiero pedirte un favor.

LUCIAN. Lo haré gustoso. Dí.

ROBERT. Que si cae en tus manos alguno de esos rebeldes emigrados...

LUCIAN. Estan seguros los caminos?

ROBERT. Los caminos? (*Con recelo.*) (Parece que evita el contestarme.)

ESCENA IX.

Dichos.—MAGDALENA.—PEDRO.

MAGD. Aquí estamos ya. (*A Pedro, que entra con platos, pan, manteles y sin soltar su fusil.*) Entra.

PEDRO. (*Saliendo.*) Voy, ciudadana. Está el corredor tan oscuro...

LUCIAN. Esa voz!... (Cielos!) (*Se vuelve de espaldas evitando las miradas de Pedro.*)

PEDRO. (*Soltando los platos.*) Pues señor... (*A Luciano.*) Ah! Buenas noches, ciudadano. (*A Magdalena.*) Es este... Te se ha disminuido el dolor?

ROBERT. Y qué te importa á tí?...

PEDRO. No. Es que yo tengo un remedio famoso. Se cuece un puñado de ortigas con...

MAGD. (*A Pedro.*) En dónde están los vasos?

PEDRO. Los vasos? (*Busca en los bolsillos, cambiando el fusil de una á otra mano.*) Aguarda: (*A Luciano.*) no hay cosa mejor... (*A sí mismo.*) Diablo de bolsillos! (*A Luciano.*) Y cuando esté hirviendo...

ROBERT. Despacha, hablador... Pero suelta ese fusil si has de...

MAGD. Ponlo en el suelo.

PEDRO. En el suelo? Estaria bueno! Bah! Un guerrero no deja nunca las armas en tierra! (*Sacando los vasos.*) Toma... (*A Magdalena.*) Ah! dime: es mudo ese marinero?

ROBERT. (*Que ha colocado las sillas.*) A la mesa.

PEDRO. Con que puedo continuar mi centinela?

MAGD. No cenas con nosotros?

PEDRO. Cenar! Se cena acaso cuando se está de faccion?

ROBERT. Bien dicho! Pedro, el deber lo primero.

MAGD. Luego no tomas nada?

PEDRO. Yo no muerdo mas que el cartucho. (*Presentando un enorme pedazo de pan que saca de la cartuchera.*) Ponme aqui una tajada solamente. (*Roberto va á ponérsela.*) No, tú no; la ciudadana. Ella me da mas. (*Magdalena lo sirve.*) Gracias. Ahora, fijo é inmóvil hasta que amanezca, y al primero que se deslice, plum! le suelto el perro, y lo va á contar al otro mundo.

ROBERT. Está cargado tu fusil?

PEDRO. Como una culebrina. Tres balas, cinco balines... media libra de perdigones... Al brazo, eu! (*Se vá murmurando una marcha militar.*)

ESCENA X.

ROBERTO.—MAGDALENA.—LUCIANO.

MAGD. (*A Luciano que cena.*) Bravo! Eso conforta. No es verdad, ciudadano?

LUCIAN. Si.

MAGD. Ahora un vaso de cidra.

LUCIAN. (*Tendiendo el vaso á Roberto, que tiene el jarro.*) Venga.

ROBERT. (*Va á echar y se detiene.*) Te advierto que está un poco ágrio.

LUCIAN. Me es igual. Cualquier cosa es buena para un pobre diablo de marinero.

ROBERT. Tienes razon. Ya olvidaba que ibas á embarcarte en los buques cruceros. Si son ciertas las noticias que corren, parece que no faltará qué hacer. (*Le echa vino.*)

LUCIAN. Ah! Dicen...

ROBERT. Que se preparan ahi enfrente, en Inglaterra, á intentar una incursion por aqui.

LUCIAN. Será dificil. La costa está muy vigilada.

ROBERT. (*Con intencion.*) Has tenido ocasion de observarlo?

LUCIAN. Y ademas, arriesgar la vida... Para qué? Para hallar sus bienes saqueados, sus castillos, de los cuales apenas quedan las paredes... y... Sabes lo que me admira, ciudadano?

ROBERT. Qué?

LUCIAN. Que este edificio se halle aun en tan buen estado. (*Mirando en torno suyo.*) Parece que no ha vuelto nadie á entrar en él desde... Todo se conserva de una manera...

ROBERT. Si, sí; cada cosa está en su lugar. Pero el dia que los otros pretendan entrar aqui... Si! (*Movimiento de Luciano.*) Ya han tenido esa intencion... (*Observando á Luciano.*) Y no hace mucho tiempo que han sorprendido á alguno de sus emisarios esplorando el pais.

LUCIAN. De veras?

ROBERT. Pero á los que yo he podido coger... pronto les

he ajustado las cuentas, porque... de esa clase de enemigos... te lo juro, tengo menos piedad que los que encuentro con las armas en la mano. Estos siquiera tienen la virtud del valor... y el valor es noble en todas partes. Pero los cobardes... los espias. *(Dando un puñetazo sobre la mesa.)* Voto al demonio!

MAGD. Que vas á tirarlo todo!

ROBERT. No he de dejar uno con vida!!

LUCIAN. (*Friamente.*) Soy de tu misma opinion!

ROBERT. (*Admirado.*) Si?

LUCIAN. Eso te sorprende?

ROBERT. A mí? No por cierto. Cuando se trata de buenos patriotas como nosotros... (*Bebe.*) A tu salud!

LUCIAN. (*Bebiendo tambien.*) A la tuya!

ROBERT. Por los amigos de la libertad y por los defensores de los derechos del pueblo!

LUCIAN. Sí.

ROBERT. De corazon!

LUCIAN. Con toda el alma!

ROEERT. (*Aparte.*) (Esa franqueza... Me habré acaso engañado?)

LUCIAN. (*Brindando.*) Y ahora... por la felicidad de la Francia, por el triunfo de la noble y generosa causa que defendemos y por la gloria de sus armas.

ROBERT. Bien pensado! Y sobre todo... Bien dicho! Diantre! Sabes, ciudadano marinero, que te esplicas muy agradablemente? Mas para triunfar de nuestros enemigos se necesita algo mas que bellas palabras... Obras son amores... Hay tantos pícaros hipócritas!

MAGD. Pero no entre gentes como nosotros.

ROBERT. Tú crees eso!

MAGD. Ya se vé!

LUCIAN. (*A Roberto.*) Conoces, por el contrario, á alguno?

ROBERT. Quizá.

MAGD. En el pais?

ROBERT. Quién sabe! Pero se tiene la vista fija sobre ellos... (*A Luciano, que parece turbado.*) Qué tienes?

MAGD. Si no le echas de beber! (*Magdalena queriendo desvanecer aquella impresion.*) No consideras que hablando mucho.... Ademas, sabes que está fatigado, que necesitará dormir un poco... y te pones á politiquear...

ROBERT. Cierto. No habia caido en ello. Vaya: el último vaso. A tu salud. (*Magdalena le sirve.*)

LUCIAN. A la tuya, ciudadana... (*A Magdalena.*) te saludo... (*Con espresion.*) y te doy gracias.

ROBERT. (*Vivamente.*) De qué?

MAGD. Toma! De que le he llenado el vaso.

ROBERT. Ya! (*Aparte examinando á Luciano.*) No es posible; me he equivocado, esa fisonomía despejada... ese tono firme y resuelto... y ademas... yo no sé qué encuentro en su voz... en sus miradas... que me... Por otra parte, no es á esta edad á la que se emplea el engaño y la perfidia. (*A Luciano.*) Qué edad tienes?

LUCIAN. Veinte años, ciudadano.

ROBERT. (*Vivamente.*) Veinte años. (*Pausa. Mira á Magdalena que se siente conmovida. Los dos guardan por un momento silencio. Magdalena vuelve la cabeza para ocultar sus lágrimas, y Roberto hace otro tanto.*) (Como él!)

MAGD. (Dios mio!)

ROBERT. (*Conmovido aparte.*) (Y pensar que él estaria tal vez ahora sentado como ese jóven... entre nosotros dos!... (*Pasando sus manos por los ojos.*) Mil rayos!

LUCIAN. (*A los dos.*) Qué teneis?

ROBERT. Nosotros, nada, nada. (*Tendiéndole la mano.*) Toca esos cinco. Al encontrarte aqui... me ocurrieron ciertas ideas... (*Movimiento de Luciano.*) Qué quieres, en estos tiempos se desconfia de todo el mundo!... Pero... se acabó. Y como dice mi mujer... tú necesitas descansar. (*Levantándose.*) Es tarde y vamos á retirarnos. En esa habitacion hallarás una buena cama, y mañana antes de ponerte en camino... espero que almorzarás con nosotros. Sí, sí. (*Con espresion.*) Quiero volver á verte y mi mujer tambien. No es verdad, Magdalena? No es verdad que en ello tendremos mucho gusto?

MAGD. (*Que no ha cesado de mirar á Luciano.*) Ciertamente.

ROBERT. Con que... (*Dándole la mano.*) lo dicho, y hasta la vista: camarada, hasta mañana.

LUCIAN. Hasta mañana.

MAGD. Buenas noches, ciudadano. (*Que ha ido á abrir la puerta del cuarto.*)

LUCIAN. Oh, gracias! (*Entrando en el cuarto de Magdalena, bajo.*) Os debo tanto...

ROBERT. (*Desde la puerta.*) Vamos, Magdalena.

MAGD. Voy. (*Se van cerrando la puerta del fondo: queda la escena á oscuras.*)

ESCENA XI.

LUBERSAC *solo, entreabriendo con precaucion la puerta de la galería y mirando adentro.*

El diablo los confunda! Ese imbécil de Pedro me ha cortado la retirada cerrando la puerta de la galeria... (*Yendo á la ventana.*) Sin la luz de la luna yo intentaria... pero pueden verme, y el otro que aseguraba hace poco que dispararia al menor ruido que oyese... En fin, ya veremos... Lo primero es apoderarme del precioso depósito... Ocho mil libras! Nada menos que una fortuna. ¡Ah! Hé aquí la puerta del gabinete... hácia este rincon... empujando fuertemente en la pared... Si... se mueve el tabique... (*Lo hace.*) Creo que se abre! (*Empuja mas fuerte.*) Sí, sí! Oh qué dicha! (*Se abre una portezuela postiza, y Lubersac introduce el brazo.*) Veamos! (*Ruido en la habitacion de Luciano.*) Eh! Me pareció haber oido... (*Se para asustado.*) No! (*Escucha.*) El cerrajero me ha dicho que esta parte del castillo está deshabitada. (*Busca dentro del secreto.*) Ah! Esto es sin duda... (*Saca una cajita.*) Una cajita! Sí! (*Examinándola á la claridad de la luna.*) Es la misma que yo he visto alguna vez en manos del Conde! Al fin soy rico, millonario! Ah! Tratemos de salir de aqui cuanto antès. La luna se

oculta entre las nubes. Asi será mas dificil que me vean, y ya fuera del parque... *(Luciano abre la puerta. Lubersac se detiene al ruido y escucha.)* Otra vez? Cielos! Esa puerta se abre. Ah! *(Se entra en el gabinete.)*

ESCENA XII.

LUBERSAC.—LUCIANO.

LUCIAN. Acaban de dar las once en la iglesia de la aldea... Todo está en silencio en el castillo... Apresurémonos. (*Se dirige hácia la ventana.*)

LUBERS. (*Volviendo á aparecer en la puerta del gabinete.*) Un hombre! (*Viendo á Luciano tentar las paredes.)* Qué es lo que está haciendo?

LUCIAN. Por aquí debe ser.

LUBERS. Cómo! El tambien? Si tardo un minuto mas!...

LUCIAN. Dios mio! No me engaño! (*Luciano que ha encontrado la abertura del secreto.*) Esta pared... este secreto cerrado hace un momento... Ah! (*Busca dentro de él.*) Nada, nada! Oh! Qué es esto? (*Con desesperacion.*) Desdichados!

ESCENA XIII.

Dichos.—ROBERTO.—MAGDALENA.—*Despues* PEDRO. *Milicianos.*

ROBERT. (*Dentro.*) Yo te digo que sí! (*Abriendo bruscamente la puerta del fondo y saliendo con una linterna en la mano.)* Pedro y los suyos le han visto volver á entrar por la galería. (*Viendo á Luciano.*) Mira!

MAGD. Cielos!

ROBERT. *(A Luciano que se ha colocado cerca de la ventana.*) Qué haces ahí?

LUCIAN. Está la noche tan buena...

ROBERT. En efecto. Y eso te ha animado á volver al jardin para continuar las pesquisas que mis gentes te han impedido concluir!

LUCIAN. Qué dices?

ROBERT. Vas á saberlo... *(Llamando al fondo.)* Aquí todos!

PEDRO. *(Saliendo con algunos milicianos.)* Presente! Dónde está ese bribon? *(Asustando á Luciano.)* Ah! Encomienda á Dios tu alma.

ROBERT. *(Levantando el fusil.)* Quieto. Quiero antes interrogarle.

PEDRO. *(A Roberto bajo.)* Si no le iba á hacer nada.

LUCIAN. Me esplicareis, ciudadano, qué significa...

PEDRO. *(Toma la linterna y se acerca con ella á Luciano.)* Eh! Calle! Qué es lo que veo? Es él!

ROBERT. *(Quitándosela.)* Silencio!

PEDRO. Pero si es...

ROBERT. Silencio, digo. *(A Luciano.)* Lo primero, tu pasaporte.

PEDRO. *(A Luciano.)* Vamos, vivo!

ROBERT. No le tienes? *(Luciano se queda inmóvil.)* Pues bien. Tu nombre, tus títulos.

LUCIAN. No tengo ningunos.

ROBERT. Piensas que vas á engañarnos? Tú eres un aristócrata.

LUCIAN. Yo?

PEDRO. Sí, tú. Te reconozco, y...

ROBERT. Qué has venido á hacer aquí?

LUCIAN. Ya te lo he dicho.

ROBERT. Tú no me has dicho mas que mentiras. Ni eres marinero, ni te has herido al caer en los fosos del castillo. Todo eso ha sido una astucia miserable para penetrar aquí.

LUCIAN. No.

ROBERT. Sin duda has venido á espiarnos.

LUCIAN. Yo? Jamás!

MAGD. El un espía? Oh! Eso no es posible... eso no es verdad.

ROBERT. *(A Magdalena.)* Que te calles.

MAGD. Responderia de ello con mi vida.

LUCIAN. Y podriais hacerlo sin temor, ciudadana.

MAGD. Este jóven ha venido de Inglaterra... á ver á su familia.

PEDRO. Puf! Quién ha de creer eso? Esponerse así por...

ROBERT. Punto en boca. *(A Luciano.)* Ha sido para eso?

LUCIAN. Sí.

ROBERT. Entonces... por qué te has introducido en este

castillo fingiendo haber dado una caida?

LUCIAN. Por qué?

ROBERT. Porque eres un embustero y un traidor!

LUCIAN. (*Con fuerza.*) Ciudadano! Esa afrenta...

PEDRO. (*Amenazándole con su fusil.*) Quieto!

ROBERT. Pruébame lo contrario.

LUCIAN. Pues bien, sí. He venido aqui directamente.

MAGD.
PEDRO.
ROBERT. } Ah!

LUCIAN. (*A Magdalena.*) Perdóname, ciudadana, si te he engañado. Yo no podia descubrirte toda la verdad; pero se trataba de un secreto que no me pertenecia... La empresa que intenté se ha frustrado: estoy en vuestro poder. Haced de mí lo que querais.

ROBERT. Eso lo decidirá el tribunal mañana.

LUCIAN. Sí, un tribunal de verdugos... como tú... semejantes á tí! (*Movimiento de terror.*) Criado desleal, perseguidor de tus antiguos dueños, que hoy gimen víctimas de los pesares y de la mas espantosa miseria!...

ROBERT. (*Alterado.*) El...

LUCIAN. El noble conde de Breval y su hija... sin abrigo, sin pan... mientras tú te apoderas de sus bienes!!!

ROBERT. Me han sido dados en recompensa de mis servicios.

LUCIAN. Tus servicios! Y te atreves á hablar de ellos? Ah! El Conde me ha enseñado á conocerte, Roberto; y como no estabas contento aun con apropiarte sus dominios... acabas de sustraerles el tesoro dejado aqui por él.

ROBERT. Un tesoro?

LUCIAN. Si, los ochocientos mil francos depositados en ese secreto por el conde de Breval. Ochocientos mil francos que le has robado...

ROBERT. (*Furioso.*) Calla!

LUCIAN. Sí, que le has robado hoy. (*Alto.*) Lo mismo que en otro tiempo...

ROBERT. (*Frenético.*) Maldicion!!

MAGD. (*Conteniéndole.*) Roberto, por piedad!

ROBERT. Pero no oyes lo que el Conde pregona por do quier, lo que dice de mí? Todos le creerán...

Pero... pero tú que acusas, sabias fijamente que esa suma estaba ahí?... Y con qué derecho venias á mi casa? Porque yo estoy en mi casa, y ese dinero es mio.

LUCIAN. Tuyo... como lo demas. Yo he venido para volvérselo á su verdadero dueño.

ROBERT. Y quién me lo asegura?

LUCIAN. Osarias suponer?...

ROBERT. No crees acaso que yo lo he robado?

LUCIAN. *(Con fuerza.)* Es que tú...

ROBERT. Miserable!

MAGD. *(A Luciano.)* Oh! callad; vos no conoceis al que estais insultando de ese modo.

ROBERT. Acabemos. Yo soy aqui el mas fuerte... *(Conteniéndose.)* yo mando... y á mi me toca dar el ejemplo de la moderacion... Aunque acabas de ultrajarme, créelo, no olvidaré que soy tu juez. Pero tú decias hace poco que habias visto al Conde.

PEDRO. Toma! Si fué él quien dispuso su fuga en la posada!

ROBERT. Qué dices? El fué...

PEDRO. Lo que oyes.

LUCIAN. Yo, ciudadano.

ROBERT. *(Con ironía.)* Ah!!! Has sido tú quien ha favorecido la fuga de aquel á quien iba á aniquilar! Le has salvado!... Pues bien: tú sabes donde está, y vas á decírmelo ahora.

LUCIAN. A decírtelo!

ROBERT. *(Con decision.)* O de lo contrario, te hago fusilar ahora mismo.

LUCIAN. Fusilar... *(Cruzando los brazos.)* sí, pero decírtelo...

ROBERT. Pues bien. *(Volviéndose á los milicianos: Magdalena le detiene.)*

PEDRO. Vaya si es terco!

MAGD. Roberto, es un hombre desarmado... sin defensa.

ROBERT. Bueno! El tribunal decidirá! *(Mirando su reloj.)* Disponeos á conducir á este hombre á Granville dentro de dos horas!

MAGD. A Granville! Entonces es segura su muerte!

ROBERT. Eso toca á los jueces. *(A Luciano.)* Ya lo has oido. Te quedan dos horas para reflexionarlo.

Si pasadas estas, persistes en guardar silencio... á fé de Roberto que á las ocho de la mañana estarás en Granville... y á las nueve fusilado como un espía. (*Abriendo la puerta de la habitacion de Luciano.*) Entra ahí.

PEDRO. Pronto! Ay! (*Luciano hace un gesto de cólera: Pedro retrocede asustado, y despues cala bayoneta.*) Pronto, digo! (*Luciano entra.*)

ROBERT. Y vosotros seguidme. (*Cerrando la puerta y quitando la llave, que guarda en el bolsillo.*) Voy á relevar los centinelas y á señalar los que habeis de ir á Granville. Vamos, Magdalena. (*Que reflexionaba mirando hácia la habitacion.*)

MAGD. Ya te sigo. (*Vánse todos: vuelve á quedar la escena á oscuras.*)

ESCENA XIV.

LUBERSAC.—*Despues* MAGDALENA.

LUBERS. Por fin se fueron! Apenas respiro! Si me hubieran descubierto!... (*Escuchando.*) Se alejan... El dia no tardará en venir... Es preciso salir del castillo á toda costa. Otra vez siento ruido... Magdalena! (*Vuelve á la entrada del gabinete y recoje la cajita que habia dejado allí. La puerta del fondo se abre y sale Magdalena: Lubersac se detiene.*)

MAGD. Ya están lejos de aqui. Dios mio! Qué voy á hacer? Desobedecer á Roberto! Pero, y la idea de que ese jóven será condenado sin remedio... que le matarán?... Oh! Morir de ese modo á los veinte años... veinte años!! (*Suspirando.*) Y su pobre madre, que tal vez no tenga otro apoyo en el mundo... No, yo no quiero que muera. Pero, cómo salvarle? Cómo hacerle escapar?... Ah! Sí, sí! El cielo me inspira! Las llaves dobles del castillo... En dónde las guardó ayer Roberto? Si yo hubiera sabido... pero ya se vé, cuando no se necesita una cosa...

LUBERS. (*Aparte con impaciencia.*) No se va.

MAGD. Me parece... veamos. Oh! Con tal que mi deseo

no me engañe... *(Entra por la galeria y desaparece.)*

LUBERS. Gracias á Dios! *(Ha puesto la cajita en un pañuelo del que ha atado las puntas, atraviesa rápidamente la escena, y en seguida se asoma á la ventana.)* Qué diantre! Diez piés de altura lo menos... y si no caigo precisamente en la orilla del foso... me espongo á bajar mucho mas. Ea, valor! No hay que elegir. *(Trepa la ventana.)* Por vida mia! Y él... aun debo darme por contento, si... *(Coge con la boca el pañuelo y empieza á bajar.)*

MAGD. Aqui estan, aqui estan! *(Vuelve vivamente con un manojo de llaves.)* Cómo conoceré?... Probemos... *(Lo hace con una en la cerradura.)* No es esta. *(Sigue probando llaves.)*

LUCIAN. *(Dentro.)* Quién va?

MAGD. Chissst! Soy yo! *(Haciendo lo mismo en voz baja.)*

LUCIAN. *(Dentro.)* Quién?

MAGD. Mas bajo... mas bajo en nombre del cielo! Yo... Magdalena! Dios mio, no acierto con ella y el tiempo se pasa!

LUCIAN. Qué me quereis?

MAGD. Vengo á libertaros. No puedo... *(A sí misma.)* mi mano tiembla... *(Consigue que entre una llave.)* Ah! Esta es! *(La da una vuelta.)* Si. Ah! salid, salid pronto. *(Se abre la puerta.)*

ESCENA XV.

MAGDALENA.—LUCIANO.

LUCIAN. *(Saliendo.)* Ciudadana...

MAGD. Oh! no me lo agradezcais. Huid; no hay que perder tiempo. Mirad, ya amanece, y Roberto va á volver... apresuraos.

LUCIAN. Cómo! Y si sospecha? No, no; harto os habeis espuesto por mi causa.

MAGD. Qué me importa?

LUCIAN. Conozco el rigor de la ley, y á no dudarlo seriais víctima...

MAGD. Pero si no se trata de mí. Por otra parte, aunque sea muy grande la cólera de Roberto no me matará... y á vos... ¿no sabeis que van á conduciros á Granville, que allí solo os espera la muerte? Ah! En nombre de vuestra madre, partid!

LUCIAN. Mi madre! No la tengo!

MAGD. No? Pues bien: por aquellos que os aman, que vos amais.

LUCIAN. (*Aparte.*) Enriqueta!

MAGD. Y por vos mismo, por vos, tan jóven todavía, y... en fin... por mí, que os lo ruego... que quiero que vivais!

LUCIAN. Ah, ciudadana! Creed que tanta nobleza...

MAGD. (*Juntando las manos.*) No rehuseis mi súplica! Oh! Es que vos no sabeis... no podeis comprender qué herida tan profunda deja en mi corazon vuestra presencia! Un hijo... tambien de vuestra edad... Ah!... Creedme, partid!

LUCIAN. Pues bien, ciudadana! Adios, y él haga que un dia pueda volver á verte, y...

MAGD. ¿No ois? Ellos son. (*Temblando.*) Tomad por ese lado: (*Tomándolo de la mano y llevándolo á la puerta de la galería.*) Al fondo de esta galería, y á la izquierda, hallareis una pequeña escalera que conduce á los jardines. Ya en ellos, fijad los ojos en esta ventana, desde donde voy á vigilar á nuestras gentes, y por señas os indicaré el lado mas á propósito para que emprendais por él vuestra salida. ¡ Ahora... que Dios os proteja!

LUCIAN. Y que os dé cuanta (*Estrechándole la mano.*) felicidad merece vuestra alma generosa. (*Le besa la mano con efusion, y se va por la galería precipitadamente.*

ESCENA XVI.

MAGDALENA.—*Despues* ROBERTO.

MAGD. Ya vienen... (*Corriendo al fondo.*) ¡No, todavía no! Y él... Ah! (*Va á la ventana.*)

Ya le veo... mira hácia aquí! (*Hace señas.*) Sí, mas todavía! ¡Eso es! ¡Adios, adios!... Ha desaparecido... Unos momentos mas, y se encontrará libre de todo peligro.

ROBERT. (*Que acaba de entrar.*) ¿Quién?

MAGD. Ah!

ROBERT. Continúa!

MAGD. Ya no lo conducireis á Granville. (*Con resolucion.*)

ROBERT. (*Que ve abierta la habitacion y cogiendo con violencia á Magdalena.*) Desdichada, ¿qué has hecho?

MAGD. Le he salvado!!

ROBERT. Tú!

MAGD. Sí. Queriais matarle, y yo... yo quiero que viva.

ROBERT. Pero no sabias que él solo... solo él podia decirme en donde estaba el Conde?

MAGD. Yo no he pensado mas sino en que iba á morir.

ROBERT. Y morirá.

MAGD. (*Deteniéndole.*) Roberto, Roberto!

ROBERT. No, déjame, es un espia!

MAGD. Es inocente! Ah! Esa muerte seria un crímen horrible... (*De rodillas*) Perdónale, perdónale!...

ROBERT. Suelta, infeliz! (*Aparecen algunos milicianos armados en el fondo.*)

MAGD. Jamás! No, no!

ROBERT. (*Luchando los dos: ella asida á las rodillas de Roberto.*) El prisionero ha huido! (*A los milicianos.*) Volad á su alcance! (*Roberto se deshace de los brazos de Magdalena, y se va por el fondo precipitadamente y los milicianos.*)

MAGD. Ah, Roberto, Roberto! Por piedad! (*Al cielo.*) Vírgen santa, protegedle, salvadle, (*Ruido.*) Ese rumor... lo habrán descubierto! (*Se levanta.*)

ROBERT. (*Dentro.*) Fuego!

MAGD. (*Gritando.*) Compasion, compasion! (*Tiro dentro.*) Ah! (*Al tiro cae desmayada dando un grito de horror.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una miserable cabaña de pescador á la orilla del mar. Instrumentos y utensilios de pesca á uno y otro lado. Una mesa. Al fondo una cama, una mesa y una silla. A la derecha un armario pequeño y muy usado, en el cual hay un jarro.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, el Conde está recostado y dormido. Enriqueta sentada en una banqueta tosca y con los codos apoyados en la mesa, mirando tristemente á su padre. Marta está hilando.

MARTA. Vamos, vamos, señorita. No hay que afligirse de ese modo. Ya veis que la mañana se presenta mejor. Vuestro padre duerme tranquilamente, y... este acceso de fiebre se le pasará como los otros.

ENRIQ. Lo creeis así, mi buena Marta? Ah! Si mi padre no tuviese que luchar mas que con los sufrimientos del cuerpo... pero se ve combatidó por tantos pesares, por tantas inquietudes...

MARTA. Ya me hago cargo. A la verdad que no le faltan motivos para ello... Perder de esa manera todo lo que vos poseíais, vuestros efectos, vuestra pacotilla que llevábais á la isla de Quernesey segun me habeis dicho... esoes terrible! Y para colmo de males verse detenidos aquí, en mi pobre cabaña.

ENRIQ. Y viviendo á costa de vuestro trabajo!

MARTA. No hablemos de eso! No nos ha puesto Dios en el mundo para ayudarnos los unos á los otros? Acaso si hubiérais sido vos la que me hubiéseis encontrado muerta sobre las rocas de la orilla del mar... no me habriais tambien socorrido?

ENRIQ. Sí, sí. (*El Conde se agita y murmura algunas palabras.*)

MARTA. Entonces...

ENRIQ. Chisst!

MARTA. Eh? Se despierta? Ay Dios mio! Ya le tenemos de nuevo hablando solo como ayer. Cuando daba aquellas voces...

ENRIQ. Qué dia tan terrible! Una fiebre abrasadora, un delirio espantoso, y... sin socorro alguno, sin nadie que pueda indicarnos el medio de mejorar su salud!

MARTA. Pobre señor! (*Con gozo.*) Esperad! Ayer hablé con la mujer de un pescador... Son gentes muy buenas... Volvia de la ciudad con provisiones... le conté que tenia un enfermo en mi cabaña, y me prometió venir hoy... y como ya es la hora en que me ofreció verificarlo... corro á su encuentro, y la rogaré tanto, que estoy segura vendrá en vuestro auxilio. Eso es. Sí, pronto estaré de vuelta. Adios, señorita, adios. (*Váse.*)

ESCENA II.

ENRIQUETA.—EL CONDE.

ENRIQ. Mujer bondadosa! Al escucharla siento reanimarse mi espíritu: casi me parece que hago mal en desesperarme... pero cuando se va... y me deja sola! (*Suspira y derrama su vista al rededor de sí.*) Sola!... Desde que aquel que fué tanto tiempo nuestro consuelo... nuestro apoyo... (*Cayendo en una sombría meditacion.*) Luciano! Ocho dias, ocho dias enteros sin parecer por esta pobre morada!... Sin que al menos sepamos...

CONDE. No, jamás! No te (*Luchando con su sueño y

despierto ya.) perdono, infame Roberto, jamás! (*Vuelve á caer.*)

ENRIQ. Padre mio, padre mio, calmaos!

CONDE. Quién? Ah! Eres tú? Qué horrible sueño... pero ya estoy despierto y te veo á mi lado... á mi lado, hija mia, hija de mi alma! Oh, habla, que yo oiga el acento de tu voz.

ENRIQ. Sí, padre mio; soy yo, vuestra Enriqueta, que os suplica que os calmeis.

CONDE. Sufro tanto! La fiebre... una sed devoradora...

ENRIQ. Y nada... nada mas que un poco de agua!

CONDE. Agua! Dame... dame pronto.

ENRIQ. (*Cogiendo el jarro y dándole de beber.*) Tomad, padre mio... Pero muy pronto volverá Marta, y...

CONDE. (*Coordinando sus ideas.*) Marta? Ah! sí, ya me acuerdo... (*Mira en torno suyo.*) Pero, Dios mio! Qué he hecho yo para merecer tantos tormentos? Quién me hubiera dicho nunca que habia yo de verte reducida á esta suerte fatal?

ENRIQ. No penseis en eso. Todo lo que yo ambiciono es que el cielo os vuelva la salud, y que conserveis siempre mi ternura.

CONDE. Pobre niña!... Mas... dime, yo no veo... En dónde está Luciano?

ENRIQ. Luciano? Ya sabeis que desde hace muchos dias...

CONDE. Es verdad! Lo habia olvidado. Partió!... (*Con amargura.*) El tambien se aleja de nosotros! El tambien se ha cansado de luchar con una desdicha tan grande!

ENRIQ. Cómo! Podeis imaginaros?... Abandonarnos Luciano en tales momentos! Olvidamos ya cuanto ha hecho por nosotros! No fué él quien os libró de la venganza de vuestro implacable enemigo, de ese Roberto el Normando?

CONDE. Roberto! Y el otro, el infame Lubersac!

ENRIQ. Y cuando vió que nos seria imposible llegar á San Ló, no sacrificó tambien Luciano todo cuanto dinero le quedaba para procurarse una barca, con la cual esperábamos atravesar las pocas leguas que separan las costas de Francia de la isla de Quernesey?

CONDE. Quernesey! Oh! Allí estaríamos al abrigo de todo riesgo, sin la horrible tempestad que estrellando nuestra frágil embarcacion nos arrojó moribundos sobre estas rocas.

ENRIQ. Y en aquel estremo peligro pensó Luciano un solo instante en su vida? No, no. Bien lo sabeis. Todos sus esfuerzos, todos sus cuidados fueron para nosotros... Y despues... cuánta solicitud para sostener nuestro espíritu, para reanimar nuestra esperanza! Y aun debemos, sin hacerle una inmerecida ofensa, sospechar que fuese capaz de abandonarnos? (*Luciano aparece en el fondo sin ser visto.*) Al contrario, padre mio, siento en mi corazon una voz secreta que me dice que si Luciano está ausente, es para velar por nuestra seguridad... para disponer algunos medios de socorrernos.

CONDE. El cielo te escuche, hija mia!

ENRIQ. Oh, estoy segura!

ESCENA III.

Dichos.—LUCIANO, *apareciendo.*

LUCIAN. Y teneis razon, señorita.

ENRIQ. Ah!

CONDE. Luciano!

ENRIQ. Lo veis, padre mio?

LUCIAN. Señor Conde... perdonadme si os oculté el motivo de una tan brusca partida... pero si os hubiera participado mi proyecto, tal vez me hubiérais vos disuadido de llevarle á cabo, y yo estaba resuelto á realizarlo y á emprender cuanto fuese necesario para sacaros de esta angustiosa posicion.

CONDE. Qué queriais, pues, hacer?

LUCIAN. Ya sabeis, señor Conde, que cediendo á mis vivas instancias un pescador de estos alrededores se habia comprometido á intentar el pasaros á una de las islas inglesas.

CONDE. En efecto... pero por premio de un servicio tan

peligroso, ese hombre pedia una suma considerable, y desgraciadamente...

LUCIAN. Yo se la he prometido... siempre que aguardase mis órdenes durante quince dias.

CONDE. (*Admirado.*) Se la habeis prometido, decís?

LUCIAN. Añadiéndole que daria el doble, el... triple... diez veces mas todavia, si la empresa que yo iba á intentar me era propicia. Consintió, y en aquel instante partí resuelto á perecer ó á traeros aquella porcion de vuestra antigua riqueza que, segun me habiais dicho, estaba oculta en vuestro castillo de Breval.

ENRIQ. Cielos!

CONDE. Vos queriais ir á Breval?

LUCIAN. Sí, señor Conde.

CONDE. Es una locura. No habeis pensado en los obstáculos, en los peligros?

LUCIAN. He pensado en los que vos corriais permaneciendo aquí por mas tiempo, en vuestro infortunio tan poco merecido y tan noblemente soportado... y... he penetrado en fin en el castillo!

ENRIQ. Gran Dios!

CONDE. Qué escucho! Esto es un sueño! Y bien?

LUCIAN. Perdonad, señor Conde!... (*Balbuciente.*) Perdonadme... si vengo á destruir vuestra última esperanza.... pero sorprendido.... preso por Roberto...

CONDE. Roberto! Todavia! Siempre ese hombre!

LUCIAN. Ya poseedor de todos vuestros bienes, el indigno no ha vacilado en apoderarse con mano sacrílega del único recurso de sus antiguos amos!

CONDE. Pobre hija mia! (*Estrechando la mano de Enriqueta.*)

LUCIAN. Mi muerte estaba decretada... puesto que no podia librarme de ella si no le revelaba el nombre del paraje en que estábais oculto... porque es á vos, señor Conde, á quien primero que todo, quiere él tener en su poder!

ENRIQ. A mi padre!

LUCIAN. Pero no lo conseguirá, gracias al cielo. Acabo de encontraros un asilo seguro en los alrededores de San Valerio... en casa de unas buenas gentes, á quienes conozco desde mi infancia

Allí, al menos, encontrareis los cuidados que vuestra situacion reclama, y...

CONDE. Oh! gracias mil veces... por esa nueva prueba de generosidad. Pero á qué he de conservar por mas tiempo una existencia inútil?

ENRIQ. Qué decís?

CONDE. La verdad.

ENRIQ. Ah, padre mio, padre mio, no hableis así!

CONDE. Y por qué? Ten valor, hija mia... Y vos, Luciano, vos que desde que os conocemos os habeis mostrado siempre amigo sincero y leal, no me rehuseis el cumplir la mas ferviente súplica de un padre que tiembla por el porvenir de su hija... de su hija, á quien nada deja en el mundo. Oh! juradme que seguireis prestándola vuestro apoyo. Juradme el conducirla de nuevo á casa de madama Girot, de aquella mujer respetable que ha sido para Enriqueta en otro tiempo tan buena y tan cariñosa: decidle que las últimas palabras pronunciadas por mí fueron de reconocimiento y de bendicion para ella. Me lo prometeis, Luciano? Jurais hacerlo así?

ENRIQ. Ah!!! (*Llorando y apoyada su cabeza en los brazos de su padre.*)

LUCIAN. Señor Conde, lo juro por lo que hay mas sagrado en la tierra! Pero... por qué desesperais así?

ESCENA IV.

Dichos.—MARTA.

MARTA. (*Saliendo precipitadamente.*) Ah, señor! ah, señorita! (*Viendo á Luciano.*) Sois vos! Sin duda el cielo os envia para ayudarnos!

LUCIAN. Qué es lo que sucede!

MARTA. Sucede que vengo de la aldea... Jesus, Jesus! Y yo que no sabia nada! Un Conde, una noble señorita en mi casa! Ah, monseñor! Quién hubiera creido?...

LUCIAN. (*Vivamente.*) Pero cómo sabeis?... Hablad.

MARTA. Por los mismos aldeanos. La plaza está llena de

milicianos... que se preguntan unos á otros... cuál es el camino de mi cabaña.

ENRIQ. Estamos perdidos!

LUCIAN. Sin duda son emisarios de Roberto!...

MARTA. Yo callaba como una muerta, y... por último he corrido á avisaros... pero vengo seguida desde lejos por una mujer que estaba allí con los soldados. Ah, miradla, ella es! (*Viendo á Magdalena, que aparece en la puerta.*)

ESCENA V.

Dichos.—MAGDALENA.

CONDE. La mujer de Roberto!

ENRIQ.. Qué será de nosotros?

LUCIAN. (*A Enriqueta.*) Tranquilizaos: no hay que temer nada de ella.

MAGD. Es verdad; pero temedlo todo de mi marido... todo, porque sabe que estais aquí....

LUCIAN. Quién ha podido decirle?

MAGD. Lo ignoro; pero despues de vuestra fuga, viendo que os escapábais de sus manos, Roberto ciego de ira, salió en vuestro perseguimiento. Desde entonces no le he vuelto á ver, y solo sé que esta mañana uno de nuestra gente ha recibido una órden suya para que en el acto partiese para Breval con algunos hombres y un carro. Al oir esto, presentí que se trataba de vos y de vuestros amigos, y he querido venir tambien con la esperanza de que aun seria tiempo para advertiros de este nuevo peligro, para ayudaros á huir si es posible antes de que Roberto llegue, porque si os encuentra... Ah! Partid... huid cuanto antes.

ENRIQ. Lo habeis oido, padre mio? Si vacilais aun, nos perdemos.

CONDE. Ya no hay tiempo, Enriqueta; y puesto que Dios quiere que caiga en las manos de ese miserable.

MAGD. Deteneos, señor Conde: Roberto es severo sin duda, implacable cuando su deber se lo man-

da ; pero no merece que nadie hable de él con desprecio.

CONDE. No lo merece... él...

MAGD. No, no, caballero... Pero el tiempo se pasa, y ya os he dicho que es necesario huir !... (*A Luciano*). Ah ! decidle... (*A Enriqueta.*) Señorita, de ello depende la vida de vuestro padre; haced que consienta solamente, y fiaos de mí. El hombre que manda el destacamento es un amigo mio, y estoy segura que me facilitará su mismo carro para conducir en él al señor Conde.

LUCIAN. Ah ! Si pudiéramos ganar el otro lado de las rocas... pero no, es imposible.

MAGD. Imposible ! Quién habla de imposibles como haya fé en el corazon ?... (*Continúa hablando bajo con Luciano.*)

CONDE. ¡ Pues bien, sí, hija mia, (*A Enriqueta.*) intentaremos esta última resolucion !

ENRIQ. Sí, sí.

MAGD. (*A Luciano.*) Yo fiaré á ese pescador el cumplimiento de vuestras promesas, y si aun vacilase... Tomad esta cadena, (*Quitándose una cadena de oro que lleva al cuello.*) esta cruz de oro y este medallon : podeis dárselo todo.

CONDE. Qué haceis !!!

MAGD. Mi deber... asegurando vuestra fuga... Pedro ! (*Al fondo y llamando. Pedro aparece con el fusil al hombro y saluda militarmente.*)

ESCENA VI.

Dichos.—PEDRO.

PEDRO. Presente !

MAGD. Está ahi el carro ?

PEDRO. Presente tambien... á diez pasos con mis gentes.

MAGD. Haz que esos hombres se vuelvan á la aldea, y trae aqui el carro...

PEDRO. Cómo ! Que traiga aqui la aldea y... pero olvidas ?

LUCIAN. Obedece.

PEDRO. Eh! Dios mio! (*Reconociéndole.*) ¡Uf! Qué es lo que estoy mirando! (*Viendo al Conde.*) Esta es la madriguera! Aqui, muchachos!

MAGD. Quieres callar? (*Poniéndole la mano en la boca.*) Aléjalos, te digo.

PEDRO. Pero entonces se nos van estos á escapar.

MAGD. Si es eso lo que yo quiero! (*Con fuerza y apretándole el brazo.*)

PEDRO. Ave Maria purísima! Ciudadana, ciudadana! Te se ha vuelto el juicio.

MAGD. No te detengas, ve pues... ve.

ESCENA VII.

Dichos.—ROBERTO.

ROBERT. ¿A donde? (*Apareciendo en la puerta y empujando á Pedro, que retrocede espantado.*)

PEDRO.
MAGD.
CONDE. } ¡Roberto!

LUCIAN. Oh! perdióse todo.

ENRIQ. No hay esperanza ya.

ROBERT. Qué! No os disponiais á burlar mis intentos? (*Pausa: Roberto se adelanta dominando á todos con sus miradas.*) Asi bajais los ojos al verme en medio de vosotros! ¡Asi temblais mudos por el terror que mi sola presencia os inspira.

MAGD. Roberto... Roberto!...

ROBERT. No hablo contigo todavía.

MADG. Y por qué no?

ROBERT. Pues bien! A qué has venido aqui sin mi órden? (*Con voz terrible.*)

MAGD. Para salvarlos.

ROBERT. Magdalena!

ENRIQ. Tened piedad de nosotros! (*Interrumpiendo á Roberto.*) Mi padre ha sido calumniado... Puede justificarse, y...

CONDE. Justificarme! Yo! Y ante él... ante ese...

ROBERT. Acabad.

ENRIQ. Padre mio! Oh! ya lo veis... *(A Roberto.)* Ya veis á qué triste estado nos hemos reducido. No os creeis suficientemente vengado con los tormentos sin fin que está sufriendo?

ROBERT. Preguntadle á él los que ha causado á toda una familia.

CONDE. Yo!

ROBERT. Preguntad á esta pobre *(Mirando á Magdalena.)* madre las lágrimas que ha vertido en veinte años. ¡ Preguntadme á mí la vergüenza que manchó mi nombre, las cadenas que oprimieron mis manos, las desdichas que me causó el orgullo de un hombre! *(Señalando al Conde.)*

CONDE. Mientes, mientes!

ROBERT. Que miento decís? Mirad, *(El de Magdalena.)* pues, este rostro envejecido antes de tiempo, estos ojos marchitos por el dolor... por un dolor que la conducirá al sepulcro! Ignorais, pues, quién lo ha causado? Vos!

CONDE. Yo?

ROBERT. Vos... No pasa un solo dia sin que lloremos la pérdida de nuestro hijo, de nuestro hijo, del cual nos separamos ocultándole un nombre que vos habiais deshonrado injustamente! Y aun me maldecís porque juré vengarme? Devolvedme á mi hijo para que yo pueda olvidar!... Pero cuando lo he perdido... cuando por vos le lloro... no tengo derecho á?... Heme aqui frente á frente con vos... Conde de Breval. La venganza que tanto al cielo he pedido está por último en mi mano, y... tal como yo la deseaba!

CONDE. Pues bien! Qué tardas en conducirme ante mis verdugos?

ROBERT. Porque no es ese tribunal el que ha de juzgarte.

CONDE. Pues cuál es?

ROBERT. Otro mas severo. El de tu conciencia y de tu honor.

CONDE. Qué dices?

ROBERT. Lee. *(Dándole un pliego.)*

CONDE. *(Leyendo.)* « Hoy 7 de fructidor del año 3.º de

»la República. Nos el municipal del distrito de »San Ló. Habiéndonos constituido por órden »del ciudadano Roberto en el parque del anti»guo castillo del ex-Conde de Breval, hemos »encontrado tendido en tierra y mortalmente »herido á un hombre que declaró llamarse Fran»cisco Lubersac...»

TODOS. Lubersac!

CONDE. «El cual, sintiendo acercarse sus últimos mo»mentos, queria, con la esperanza de obtener »el perdon divino, reparar como mas posible »le fuera el mal que habia causado tanto al su»sodicho ex-Conde de Breval, su pariente, de»nunciado sin razon por él como enemigo de la »república...»

ENRIQ. Sin razon. Lo entendeis?

ROBERT. *(Al Conde.)* Proseguid.

CONDE. «Como al ciudadano Roberto á quien habia fal»samente acusado... de robo y sustraccion de »caudales pertenecientes á arrendamientos ven»cidos, y los cuales habia disipado dicho Lu»bersac, causando la ruina y la deshonra »de...» *(Interrumpiéndose.)* Ah! *(Inclina la ca»beza por lo que acaba de leer, y deja caer el »papel al suelo.)*

ROBERT. Y mas abajo la firma... *(Cogiéndolo vivamente y enseñándole los últimos renglones.)*

CONDE. Era él!

ROBERT. Si, Lubersac, que despues de haberos engañado, vino al castillo á apoderarse de la suma que en él habiais dejado escondida, y con la cual huia. Pero una bala disparada contra él, tomándole por este jóven á quien yo creia perseguir... le hirió de muerte y cayó en tierra. He ahi vuestro tesoro... Yo os lo devuelvo. *(Dándole la cajita.)*

CONDE. Será posible? Tú!

ROBERT. Señor Conde... una buena accion hace al hombre mil veces mas feliz que todo el oro del universo.

CONDE. Pero...

ROBERT. Esto os sorprende, no es verdad? Ya se ve! Un hombre oscuro... un miserable arrendador no

tiene otros sentimientos que la codicia, otros deseos que la venganza! Ah! nuestro único bien es el honor, señor Conde; y desgraciado de aquel que intente arrebatárnoslo! Cuando ayer os creia enemigo de la república... estad cierto que si os llego á encontrar, no hubiérais salvado vuestra vida!...

ENRIQ. Cielos!

ROBERT. Pero al tener las pruebas de vuestra inocencia... he corrido á París, me he presentado á la Convencion, le he espuesto vuestra inculpabilidad, le he exigido reparacion y justicia; y por la primera vez he enumerado mis muchos servicios... Si... no se trataba de mí, y podia hacerlo.

MAGD. Qué oigo!

ROBERT. Señor Conde... estais borrado de la lista de los proscritos, y podeis tomar posesion de vuestro castillo de Breval.

TODOS. Cómo!

CONDE. Es un sueño!

MAGD. Roberto, Roberto! En este instante... te amo mas que nunca.

ROBERT. Sí, Magdalena. Ahora que veo correr esas lágrimas de alegría... ahora que todos me mirais como un amigo, conozco que no hay felicidad mayor que el bien que hacemos á los otros... Señor Conde... señor Conde... *(El Conde va á besarle la mano con gratitud.)* Por Dios... No lo consentiré!... Ah! Estoy avergonzado... y... lloro y... rio... *(Se rie.)* de placer... y...

MAGD. *(Estendiendo sus brazos.)* Roberto!

ROBERT. *(Arrojándose en ellos.)* Magdalena mia!

PEDRO. *(Llorando.)* Ji! ji!

ROBERT. *(Dándole un empujon.)* Quita, mostrenco. *(Bruscamente.)* Y ahora me acusarás *(A Luciano.)* como lo hiciste hace algunas noches?

LUCIAN. Ah! perdona mis injustas sospechas.

ROBERT. Sí... Tú no me conocias, y no es estraño... Yo mismo te creí un vil espia, y... sin embargo, eres un jóven valiente y generoso. *(Le estrecha la mano.)* Querrás hacerme ahora un favor?

LUCIAN. Habla! Dispon de mí á tu antojo.

ROBERT. Oye pues. La noche de tu visita al castillo, y algunas horas despues de tu fuga, han encontrado cerca del muro del parque una cartera que no puede habérsele perdido á nadie mas que á ti... A menos que no fuese á ese infame de Lubersac, y en tal caso... En fin, basta! (*Pasándose la mano por la frente como no queriendo pensar que asi sea.*) Mírala bien.

LUCIAN. Sí, esta cartera es la mia.

ROBERT. La tuya? La tuya dices? Luego entonces ese nombre grabado en ella... ese nombre...

LUCIAN. Es el del anciano generoso que me amparó desde mi infancia.

ROBERT. El cura de San Valerio?

MAGD. Qué oigo!

LUCIAN. Sí.

MAGD. Dios mio!

ROBERT. El mismo que te educó, que despues te envió á París á concluir tus estudios?

LUCIAN. Quién os lo ha dicho?

ROBERT. Y tú te llamas?...

LUCIAN. Luciano.

MAGD. } ROBERT. } Luciano!...

LUCIAN. Esplicad esa agitacion!

MAGD. (*Abrazándole.*) Luciano, hijo mio!

LUCIAN. } ENRIQ. } CONDE. } Su hijo!

PEDRO. Calle! Esta es otra!

ROBERT. (*Abrazándole tambien.*) Estoy soñando?

LUCIAN. Mis padres... Será posible?

MAGD. Sí... mírame! Yo soy tu madre... tu madre, que te adora!

LUCIAN. Oh! sí... Os reconozco á entrambos... porque sois nobles y generosos.

CONDE. Sí, nobles y generosos como vos, Luciano.

ROBERT. Señor Conde...

CONDE. (*Sonriendo.*) Comandante Roberto, ignoras que ya no hay títulos en Francia? La nobleza del nacimiento no existe ya; pero queda la del corazon, y esta vive siempre, y esta... ninguno

la posee como tú. Venid, pues. (*A Luciano y Enriqueta.*) Hijos mios, venid: quiero mostrar á los ojos de todos cómo el ciudadano Breval repara sus faltas!

PEDRO. Viva!

ROBERT. Oh! antes es preciso que vean cómo Roberto... os ha estrechado entre sus brazos!

FIN DEL DRAMA.



EN DOS ACTOS.

:nte como hay muchos.
ıelio Nepote.
Pretendientes del dia.
dos amores.
ıas del alma.
·, ó el Princ. de Montecresta.
diez de la noche.
:ongreso de Jitanos.
'receptor y su mujer.
.ey Sálica.
Casamiento por hambre.
:s que todo el honor.
Divorcio!
Hija del misterio.
Cucas.
ónimo el albañil.
ia y Felipe.

EN UN ACTO.

Sentenciado á muerte.
se hizo la miel...
Preciosc. ridículos.
que al negro del sermon.
Union carlo-polaca.
iya la aguardentera.
gleses!!
Fusil del Dos de mayo.
rdos y locos.
., Pst.
re Scila y Caribdis.
ıue no quiere caldo.
Piel del Diablo.
ıuenas ínsulas me dan...

El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
Como usted quiera.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
El Don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado.
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.

Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
¡Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

go Corrientes.
Padre Cobos.
ı Aventura en Marruecos.
ydé ó el secreto.
Tren de escala.
entura de un cantante.
Estrella de Madrid.
n Simplicio Bodadilla.
Duende.
Duende, segunda parte.
s Señas del Archiduque.
'egialas y soldados.
ımoya.

Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo.

El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

OBRAS.

:cionario de la legislacion mercantil de España, por D. Pablo Avecilla.
gislacion militar de España, por D. Pablo Avecilla.
digo penal reformado, ilustrado y anotado con citas y tablas de penas.
rso de Derecho Mercantil de España, por el doctor D. Pablo Gonzalez Huebra.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.	D. Sebastian Ruiz.
Alcalá.	Eladio Altés.
Alcoy.	Viuda é hijos de Martí.
Algeciras.	Clemente Arias.
Alicante.	Pedro Ibarra.
Almagro.	Antonio Vicente Perez.
Almería.	Mariano Alvarez.
Andujar.	Domingo Caracuel.
Antequera.	Joaquin María Casaus.
Aranda.	Manuel Martin Fontenebro.
Aranjuez.	Gabriel Sainz.
Arévalo.	José Espinosa.
Avila.	Santiago Lopez Muñoz.
Avilés.	Ignacio García.
Badajoz.	Sra. Viuda de Carrillo.
Baena.	Francisco Fernandez.
Baeza.	Francisco de P. Torrente.
Barbastro.	Mariano Ferraz.
Barcelona.	Juan Oliveres.
Idem.	José Piferrer y Depaus.
Baza.	Joaquin Calderon.
Bejar.	Vicente Alvarez.
Bilbao.	Viuda de Delmas.
Borja.	Manuel Marco Cadena.
Burgos.	Timoteo Arnaiz.
Cabra.	Manuel Rendon.
Cáceres.	José Valiente.
Cádiz.	Viuda de Moraleda.
Calatayud.	Bernardino Azpeitia.
Carrion.	Luis Agudo Luis.
Cartagena.	Juan Maestre.
Cervera.	Antonio Samperé.
Chiclana.	Manuel Alvaroz Sibello.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Córdoba.	Rafael Arroyo.
Coruña.	José Lago.
Cuenca.	Pedro Mariana.
Ecija.	Julio de Giuli.
Figueras.	José Conte Lacoste.
Gerona.	Francisco Dorca.
Gijon.	Vicente de Escurdia.
Granada.	José María Zamora.
Guadalajara.	Fermin Sanchez.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	Pascual de Quintana.
Huelva.	José V. Osorno é hijo.
Huesca.	Manuel Guillen.
Igualada.	Antonio Onis y Novau.
Jaen.	José Sagrista.
Jer. de la Fr:	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida.	Manuel de Zara y Suarez.
Llerena.	Bernardino Guerrero.
Lisboa.	Silva Junior.
Loja.	Juan Cano.
Lorca.	Francisco Delgado.
Lugo.	Viuda de Pujol y hermano.
Lucena.	Juan Bautista Cadeua.
Málaga.	Francisco de Moya.
Manila.	D. Ramon Somoza.
Manresa.	Juan Alliot.
Manzanares.	Dimas Lopez.
Mataró.	Narciso Clavell.
Medina-Sidon.	Francisco Rüiz Benitez.
Mérida.	Manuel de Bartolomé Diez.
Mondoñedo.	Francisco Delgado.
Murcia.	José Galan.
Orense.	José Ramon Perez.
Oviedo.	Bernardo Longoria.
Palencia.	Gerónimo Camazon.
Palma.	Pedro José Garcia.
Pamplona.	Viuda de Ripa.
París.	Lasale y Melan.
Plasencia.	Isidro Pis.
Pontevedra.	Manuel Verea y Vila.
Priego.	Gerónimo Garacuel.
P. Sta. María.	José Valderrama.
Requena.	Rafael Ripollés.
Reus.	Pedro Moluer.
Rioseco.	Marcelino Tradanos.
Rivadeo.	Francisco F. de Torres.
Ronda.	Rafael Gutierrez.
Rota.	Pedro Gomez de la Torre.
Salamanca.	Rafael Huebra.
San Fernando.	José Tellez de Meneses.
San Lucar.	José María del Villar.
Sta. Cruz Tf.	Nicolas Power.
San Sebastian.	Sres. Domercq y Sobrino.
Santander.	Pedro Basañet.
Santiago.	Bernardo Escribano.
Segovia.	Eugenio Alejandro.
Sevilla.	Cárlos Santigosa.
Idem.	Viuda de Fé y hermano.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera.	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona.	José Pujol.
Teruel.	Vicente Castillo.
Toledo.	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodriguez Tejed
Tortosa.	Crecencio Ferreres.
Trin. de Cuba.	Meliton Francisco de Reveng
Tuy.	Manuel Martinez de la Cru
Valencia.	Francisco de P. Navarro.
Idem.	José Mateu Cervera.
Idem.	José María Moles.
Valladolid.	Felix Mateo.
Valls.	Cayetano Badía.
Velez-Málaga.	Antonio María Cebrian.
Vich.	Ramon Tolosa.
Vigo.	José María Chao.
Vill. y Geltrú.	Magin Beltran.
Vitoria.	Bernardino Robles.
Utrera.	Juan Ramos.
Ubeda.	Carlota Treviño.
Zafra.	Juan de Dios Hurtado.
Zamora.	Manuel Ceno.
Zaragoza.	Viuda de Polo.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Fuencarr casa de Astrarena.